LIBROdot.com

LA RICAHEMBRA

*****

MANUEL TAMAYO Y BAUS

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO, ESCRITO EN COLABORACIÓN CON DON AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE

AL SEÑOR DON MANUEL CAÑETE

Simbolicen, Manuel queridísimo, nuestros nombres unidos al frente de esta composición, el vínculo indisoluble de pura y tierna amistad que enlaza nuestras almas.

MANUEL. AURELIANO.

REPARTO
En el estreno de la obra, representada el 20 de abril de 1854 en el teatro del Príncipe.

PERSONAJES	***ACTORES***
DOÑA JUANA DE MENDOZA	**Doña Teodora Lamadrid.**
MARINA	**» Mercedes Buzón.**
DON ALFONSO ENRÍQUEZ	**Don José Calvo.**
VIVALDO	**» Manuel Ossorio.**
BELTRÁN	**» Joaquín Arjona.**
UN VIEJO	**» Enrique Arjona.**
MELENDO	**» Antonino Bermonet.**
LABRIEGO 1. º	**» Pedro Maffei.**
ÍDEM 2. º	**» Manuel Alvarez.**
ÍDEM 3. º	**» José Bullón.**
ÍDEM 4. º	**» Luis Cubas.**
UN ESCUDERO	**» Esteban Montilla.**

Labriegos, doncellas, pajes y soldados.

La acción pasa en un castillo de la Rioja, año de 1386.

Acto primero

Salón bajo de la casa de los Mendozas en Villaharta-Quintana, de suntuosa arquitectura bizantina, con puerta al fondo.

Escena I

VIVALDO, DOÑA JUANA, MARINA y doncellas. El primero, sentado junto a un bufete, suelta al alzarse el telón un libro en que estaba leyendo. Las otras labran al lado opuesto de VIVALDO.

VIVALDO. Pobre Tristán!

MARINA. ¿No lo dije?

¡Mal haya, amén, el rey Marco!

Su mujer, la linda Iseo,

razón tuvo para odiarlo,

y convertir su ternura

al mozo apuesto y bizarro.

VIVALDO. El Rey a Tristán debiera

vencer en abierto campo;

pero matarle dormido...

Son, ¡ay!, los celos villanos.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Decid que de un loco amor

son los frutos siempre amargos.

MARINA. ¿Loco amor?

D.ª JUANA DE MENDOZA. No más Tristán

y Lanzarote del Lago.

Es fiera peste del alma,

libro ponzoñoso y vano.

VIVALDO. Cuidad, que es verdad e historia.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Cuida tú, que yo lo mando.

Vuelve a leerme proezas

de nuestro Cid castellano,

o lo que hicieron relata

mis nobles antepasados.

Cómo el infante don Zuria

fue de la morisma espanto;

cómo...

VIVALDO. Y ¿para qué tan lejos,

si vuestra casa han honrado,

viviendo vos, adalides

que son de Castilla pasmo?

En ésa de Aljubarrota,

¿no murieron hace un año

vuestro padre y vuestro esposo?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Dices bien, murieron ambos.

VIVALDO. ¡Vuestro padre! El gran don Pedro,

rival de latinos lauros.

Aún sus palabras están

en mi pecho resonando:

«Si el caballo vos han muerto,

subid, Rey, en mi caballo;

si os roba el dolor las fuerzas,

llegad, subireos en brazos.

Poned un pie en el estribo,

y el otro sobre mis manos.

Mirad que el tumulto arrecia,

aunque muera, yo, libradvos.

Pierdan mis hijos un padre,

yo al padre de todos salvo;

amparo sed de los míos,

y adiós que va en vuestro amparo.»

Dijo el valiente alavés,

señor de Hita y Buitrago,

al rey don Juan el primero,

y entrose a morir lidiando.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Como bueno.

VIVALDO. ¡Era español!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Era Mendoza.

VIVALDO. ¡Preclaro

linaje, donde las hembras

son un portento..., un milagro!

Cuál en sangrientas batallas

vibra mortífero dardo,

y cuál triunfa de sí misma

con esfuerzo soberano.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Esa la mejor. Ansíe
triunfales palmas el bravo,
imperios el ambicioso,
renombre inmortal el sabio;
guardar cumple a la mujer
su honor y su fama intactos.

Escena II

DICHOS y MELENDO.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Entra, Melendo.
MELENDO. Señora,
licencia dadme de hablaros.
D. ª JUANA DE MENDOZA.¿Cómo dejas la atalaya,
que es tu puesto?
MELENDO. Nuevas traigo.
D. ª JUANA DE MENDOZA. Di sin tardanza.
MELENDO. Ya el sol
va las nieblas disipando,
y en remolinos de polvo
y en son de guerra, a lo largo
muchas lanzas se descubren,
yelmos y arneses tranzados,

mucha tendida bandera,

mucho ligero caballo.

Lo arrollan todo: a sus pies

son rastrojos los sembrados.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Y en los pendones, ¿qué viste?

MELENDO. Un acerado venablo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Oh! Los del conde don Tello.

¡Bravo alarde! ¡Estilo raro

de conquistar vuestras gracias!

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Aún no se juzga vengado,

quemándome anoche un monte

porque le negué mi mano?

MELENDO. Mas nuevo el Conde en la tierra,

con arrojo temerario,

sin tino, la vuelta emprende

del pedregoso barranco.

Le cerrará la salida

laberinto de peñascos,

y un puñado de los nuestros

allí puede exterminarlo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Bien un castigo merece.

VIVALDO. Con treinta lanzas contamos.

D. ª JUANA DE MENDOZA.¡Con treinta no más!... ¿Y el Conde?

MELENDO. Traerá doscientos caballos.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Locura, a tal desventaja,

fuera disputarle el paso.

Mas si del barranco sale

y a estos muros llega osado,

bien valdrá un soldado mío

por muchos de los contrarios.

Y si han visto las lumbreras

nuestros pueblos comarcanos

en las altas atalayas,

aquí sus fuerzas llamando,

¡ay del que necio me ofende!,

¡ay de ese Conde insensato!

MELENDO. ¿Vuelvo a mi puesto?

D.ª JUANA Y avisa

cuanto observes, y entre tanto

(Vase MELENDO por la puerta del foro.)

no turben nuestras faenas

las mocedades de un fatuo.

Ya es mediodía: ya es hora.

Vos preparad el despacho,

mi servidor y cronista,

el mi paje, el mi notario.

Cura tú, Aldonza, ese lino

al sol, que se muestra claro.

Tú, de bastarda semilla

limpia los candeales granos.

Tú cierne. Tú azota y labra

la tierna masa, formando

el rubio pan, que es partido,

cual nieve apretada, blanco.

Y tú, del florido huerto,

los frutos coge tempranos,

y haz que destilen su jugo

los panales escarchados.

(Vanse VIVALDO y las doncellas.)

Escena III

DOÑA JUANA y MARINA.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Llega, Marina. ¿Cuál es

de tus pesares la causa?

Ya no encuentro en tus mejillas

el carmín de la alborada.

MARINA. Señora...

D.ª JUANA DE MENDOZA. Oyendo a Vivaldo

bañose tu rostro en lágrimas

MARINA. Es que esa historia de amores...

D.ª JUANA DE MENDOZA. Tus sentimientos retratan.

MARINA. Yo amar...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Las ficciones odio.

¿Por qué de mí te recatas,

que con afecto de madre

te miré desde tu infancia?

MARINA. Es verdad, señora mía,

es verdad... ¡Oh, gracias, gracias!

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Piensas que ajenos dolores

mi noble pecho no amargan?

Mis vasallos te lo digan,

que son mis hijos, si aciaga

la fortuna los oprime.

MARINA. Y os bendicen con el alma

como yo...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Vamos: valor.

MARINA. Señora..., soy desgraciada.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Por qué?

MARINA. No queráis saberlo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Debo no ignorarlo. ¿Amas?

MARINA. ¡Ay! Amo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿A un servidor mío?

Lo confiesas, pues lo callas.

¿Y él paga tu afecto?

MARINA. A veces

así lo sueñan mis ansias;

pero en otras.... ¡ay de mí!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Tu aflicción mitiga y calma,

y a ociosas meditaciones

el rápido vuelo ataja.

Mucho fío en tu recato:

fía en mí tus esperanzas.

Corre a mi cuenta tu dicha.

MARINA. Casi la miro lograda.

¡Qué bálsamo delicioso

contienen vuestras palabras!

Escena IV

DOÑA JUANA y VIVALDO, con cartera de despacho, de la cual irá sacando los papeles a que se hace referencia en esta escena y en la sexta.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Enamorado galán,

entrad, entrad en buen hora.

VIVALDO. ¿Enamorado yo?... (¡Cielos!

¿Tal vez?... ¡Esperanza loca!)

Si es amor...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Basta.

VIVALDO. (Me turbo.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. El despacho es lo que importa.

Relata, pues.

VIVALDO. Aquí el guarda

los daños calcula y nota

del incendio de esta noche,

que el monte mejor os roba.

D.ª JUANA DE MENDOZA. ¡Servidor es puntual!

¿Cuánta la pérdida?

VIVALDO. Monta,

en árboles y ganados,

seis mil castellanas doblas.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¡Seis mil! ¡Gran estrago!

VIVALDO. Hazaña

que pide venganza pronta.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Si un vasallo me ofendiese,

viérasme a piedades sorda;

pero un enemigo ilustre,

que su rencor desahoga

poniendo fuego a mis tierras,

merece desprecio y mofa.

¿Qué más triunfo ambicionara

que darme pena y zozobra?

¡Por un azar angustiarse

quien inmensos bienes logra,

la noble, la ricahembra

doña Juana de Mendoza!

Sube, Conde, a esa atalaya

que las altas nubes doma;

cuanto ves es mío, cuanto

los horizontes coronan.

Y mío cuanto columbres

allá en las cimas remotas,

desde la margen del Ebro

hasta las aguas del Onza.

¿Qué huestes pusieron dique

a mi ambición poderosa,

si trocasen mis pastores

en azagayas sus hondas,

en espadas los cayados,

los sayos en férreas cotas?

De Villarta y de Fonseca,

de Erramélluri señora,

de Ochánduri y de Loranco,

de mis abuelos victorias,

más que yo sólo el Rey tiene.

VIVALDO. (¡Y yo ni una pobre choza

que pueda decir que es mía!)

D.ª JUANA DE MENDOZA. Tiempo y desengaño arrollan

las altiveces de un sandio.

Mi venganza al tiempo toca.

¿Qué sucede?

(A MARINA, que entra por el foro.)

Escena V

DICHOS y MARINA

MARINA. Albricias dadme.

Tenemos quien nos socorra.

De Anguta y de Belforado

se acercan amigas tropas.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Luego que estén en el Rollo,

venga Melendo. A otra cosa. (Vase MARINA.)

Escena VI

VIVALDO y DOÑA JUANA.

VIVALDO. Diezmos de Ocón. Del palacio

de Treviño últimas rentas.

Cuentas...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Basta ya de cuentas,

que piden calma y espacio.

¿No es mi mano pretendida

por uno y otro galán,

y en mil cartas?...

VIVALDO. Aquí están.

(Aquí están, y yo sin vida.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Responder me cumple, a ley

de cortesía.

VIVALDO. Comience

quien en gala a todos vence:

un primo hermano del Rey;

en las batallas estrago,

de la corte regocijo,

don Alfonso Enríquez, hijo

del Maestre de Santiago.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Y con tan necia arrogancia

en ultrajarme se goza,

pretendiendo a una Mendoza

un hijo vil de ganancia?

VIVALDO. Almirante es de Castilla

y le ennoblece el dosel.

D. ª JUANA DE MENDOZA .Rompe luego ese papel,

que así mi altivez humilla.

VIVALDO. Tanto rigor no se ajusta

con el dulce pecho vuestro,

en ciencia y verdad maestro.

Borrad la sentencia injusta,

que sume en fieras zozobras

y en mortal desesperanza,

que baldón eterno lanza

al que es hijo de sus obras.

¿Por qué la infamia, por qué?

¿Dónde hay razón que consienta

que sea jamás la afrenta

de quien la culpa no fue?

Vibre ufano el áurea palma,

suba al alto capitolio,

y aún resplandezca en el solio

el que noble tiene el alma;

el que virtudes acopia,

que ése su linaje empieza,

y es siempre mayor nobleza

que la prestada, la propia.

Con lauro propio y no ajeno

brillaron, y así me fundo,

bastardo Enrique segundo,

bastardo Guzmán el Bueno,

Y con arrojo gallardo

¿no rindió vuestro linaje

oro y vida en vasallaje

a don Enrique el Bastardo?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Es cierto, mas cuidad vos,

que nunca fue por el hombre

con éste o el otro nombre,

fue por la imagen de Dios.

Rasga el papel.

VIVALDO. Vuestro intento

a esa imagen contradice:

ved que el Almirante dice

que el Rey quiere el casamiento.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Por mi natural señor,

que Dios prospere y defienda,

sacrificaré mi hacienda,

mi vida..., nunca mi honor.

Rasga el billete, y prevengo

que es de más celo tan grande.

(VIVALDO rasga el papel.)

VIVALDO. (¡Ojalá romper me mande

cuantos en la mano tengo!)

D.ª JUANA DE MENDOZA. No abogue mi buen notario

por osado pretendiente:

recuérdeme llanamente

sus nombres, sin comentario.

VIVALDO. De Niebla un gran capitán

merecíalo sin duelo:

todo un Guzmán.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Fue su abuelo

aquel bastardo Guzmán.

VIVALDO. El de Almazán...

D.ª JUANA DE MENDOZA. Lindo mozo.

VIVALDO.¿No es su estirpe?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Antigua y clara.

VIVALDO. Muere...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Por mí.

VIVALDO. (¡Suerte avara!)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Pero no le apunta el bozo.

VIVALDO. La flor de los caballeros

suspira por vuestra mano,

el más valiente riojano.

D. ª JUANA DE MENDOZA. El señor de los Cameros.

VIVALDO. A la jineta, ¿quién pudo

aventajarle en pujanza?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Así fuera, cual su lanza,

su entendimiento de agudo.

VIVALDO. ¿Qué otros nombres, en tal caso,

decir más grandes podré?

¿Quién triunfará?

D. ª JUANA DE MENDOZA. No lo sé.

VIVALDO. ¿Acaso ninguno?

D.ª JUANA DE MENDOZA. Acaso.

VIVALDO. ¿Luego no sentís amor,

esa llama celestial

que alienta a todo mortal

y es su deleite mayor?

Cuando todo a amar se inclina,

¿por qué endurecer el pecho?

Mirad cuál labra en el techo

su nido la golondrina.

Y arden en fuego tan puro

el ave, la flor, la piedra;

ved la trepadora hiedra

cómo abraza al fuerte muro.

Presta amor al cielo hermoso

luz, y perlas a la fuente;

él da triunfos al valiente,

él purifica al vicioso.

Y si es al hombre placer,

gloria, virtud, ardimiento,

el amor es el aliento,

la vida de la mujer.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Cual mozo lo habéis pintado,

mas con sombras de razón.

VIVALDO. ¡Oh!, sí; vuestro corazón

guarda ese fuego sagrado.

Quien de ternura es modelo,

de las almas soberana,

señora sin ser tirana,

de los míseros consuelo,

árbitra de la fortuna,

y entre cien mujeres bellas

perfección de todas ellas,

ha de amar como ninguna.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Eh! Paso.

VIVALDO. Mas si en el mundo

a obligaros no hallan norte

riqueza, alcurnia, ni porte,

pierdo el tino y me confundo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿No hay más que Niebla, Almazán,

o el señor de los Cameros?

VIVALDO. (¡Ay! ¿No dicen sus luceros

que ya conoce mi afán?)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Mirarse puede escondida,

tal vez, la más bella flor.

VIVALDO. (Le he de confesar mi amor,

aunque me cueste la vida.)

De una sé.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Digna de mí?...

VIVALDO. Entre las selvas nació.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Y anhela?...

VIVALDO. Vuestro oro no,

vuestras perfecciones, sí.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Pláceme.

VIVALDO. Y firme batalla

por ocultar su martirio.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Bien.

VIVALDO. Y os ama con delirio.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Dónde ese galán se halla?

VIVALDO. Sus padres, no cortesanos,

sencillos labriegos fueron,

que nunca se enriquecieron

con sangre de sus hermanos,

Debieron a las cabañas

el candor que allí se encierra,

y la piedad a la tierra

cultivando sus entrañas.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Raza humilde.

VIVALDO. Generosa.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Pechera.

VIVALDO. Da su tesoro

por su rey y contra el moro.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Yo de un labrador esposa!

VIVALDO.¿No hay lauros para el pechero?

D. ª JUANA DE MENDOZA. El mundo no quiso darlos.

VIVALDO .Mas puede el alma arrancarlos

y asombrar al mundo entero.

De ciega lealtad crisol,

puerto en borrascas seguro,

fue el Cid un soldado oscuro

y es hoy de Castilla sol.

¿Quién señaló la distancia

de plebeyos y magnates?

Necios y vanos quilates

del orgullo y la ignorancia.

Reparad que sus favores

negó el Redentor divino

al duro prócer mezquino,

y no a humildes pescadores.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Vivaldo, enfadoso andáis.

VIVALDO. Duéleme si os enojé:

del campo mi padre fue.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Pero aquel de quien habláis,

¿existe?

VIVALDO. Existe, señora.

D. ª JUANA DE MENDOZA. (¡Pobre Marina!)

VIVALDO. (¡Valor!)

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Y sueña ese labrador

con trocarme labradora?

VIVALDO. Os servirá tan rendido...

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Cómo se atrevió el insano,

responded, cómo un villano

miserable?...

VIVALDO. (¡Estoy perdido!)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Oh, decid, decid quién es,

que aún le honrara mi rigor.

(VIVALDO, lleno de confusión, hojea varios papeles, y al encontrar

con uno, aparece como sorprendido por un feliz pensamiento.)

VIVALDO. Gutierre Sotomayor,

aldeano burgalés.

(Mostrando el papel que acaba de encontrar.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Cuán divertido suceso!

El bueno del pretendiente,

o es como niño inocente,

o tiene perdido el seso.

Acabemos.

VIVALDO. Ya el afán

veis de tanto insigne amante...

¿Qué anunciaré al Almirante,

al de Niebla, al de Almazán?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Que hoy se les responda quiero.

VIVALDO. (En crudos celos me abraso.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. A todos que no me caso;

ni una palabra al primero.

Escena VII

DICHOS y MELENDO.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Vienes, Melendo, a sazón.

MELENDO. Llegó la hueste, y desea

vivamente la pelea.

Señalad el campeón

que la lleve a la victoria.

VIVALDO.(Aún espero, aún no desmayo.)

De ventura luzca un rayo

para mí. Dadme esa gloria.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Oh, no es el acero, en suma,

cual la pluma delicada.

VIVALDO .Señora, por vos mi espada

no ha de ceder a mi pluma.

Y no hay, por dicha lo sé,

para aspirar al trofeo,

ni escuela como el deseo,

ni valor como la fe.

Fuera que en la edad que goza

el aura de abril florido,

seguí de hierro vestido

las banderas de Mendoza.

Logre yo lo que os pedí;

no me lo podéis negar.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ve, pues.

VIVALDO. ¡Oh dicha! ¡A triunfar!

D. ª JUANA DE MENDOZA. (¿Por qué no es igual a mí?) (Viéndole partir.)

Escena VIII

DOÑA JUANA, BELTRÁN y MARINA.

BELTRÁN. Entremos juntos los dos. (A MARINA.)

MARINA. Beltrán, el del monte, aguarda
vuestra venia.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Que entre el guarda.

BELTRÁN. Señora, la paz de Dios,
que si llega al fin, no tarda.
¡Malas nuevas; trance amargo!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ya lo supe.

BELTRÁN. Sin embargo,
dar cuenta un vasallo debe
de lo que tuvo a su cargo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Habla, pues, pero sé breve.

BELTRÁN. Mano de traidor no es lerda,
y es natural que la cuerda
por lo más delgado quiebre;
y allí donde no se acuerda

es donde salta la liebre.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Las digresiones eluda

el buen guarda, o no le escucho.

MARINA. Tío...

BELTRÁN. Y vale más, sin duda,

aquel a quien Dios ayuda

que aquel que madruga mucho.

Dormía yo a pierna suelta,

cuando oigo confuso estruendo,

al campo salgo corriendo,

y hallo a mi gente revuelta,

porque el monte estaba ardiendo.

«Helos allí», todos gritan;

del incendio a los reflejos

armas distingo a lo lejos,

y a luchar se precipitan

pastores mozos y viejos.

Sin muro que los esconda,

principio dan a la fiesta,

y en el momento contesta

al zumbido de la honda

el silbar de la ballesta.

Mas ya el contrario encubierto

por los picos de un barranco,

vuelvo a los míos, y advierto

que cuál ha quedado tuerto,

cojo el uno, el otro manco.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Hoy darán mis campeones

castigo a esa turba odiosa.

BELTRÁN. ¿Las armas? ¡Buenas razones!

¿No os pretenden por esposa

multitud de señorones?

Pues dad a vuestros Estados

quien sombra y vigor les preste.

D. ª JUANA DE MENDOZA. (La ignorancia engendra osados.)

Descuida. Por brava hueste

seremos pronto vengados. (Vase.)

Escena IX

BELTRÁN y MARINA.

BELTRÁN. ¡Vengados! Al asno muerto...

Y callo lo demás.

MARINA. Tío, ese vuestro afán...

BELTRÁN. Sí; cierto:

es predicar en desierto,

machacar en hierro frío.

Familia en que no hay varón

que la escude con la ley

de la fuerza y la razón,

es como pueblo sin rey.

MARINA. Tiene el ama otra opinión.

BELTRÁN. No habrá así quien la defienda,

ni quien respete su hacienda;

y vendrán con fiero estrago,

ya el insulto, ya el amago,

ya la ruidosa contienda.

Verás que vuelven a ser

nuestras fiestas batallar,

nuestro amor aborrecer,

nuestro descanso velar,

maldecir nuestro placer.

¡Arma arma! -¿Quién los vio?

-Pocos vienen. -Muchos vi.

-Por aquí. -No, por allí.

-Que llegan. -Que sí. -Que no.

-Que embisten. -Que no. -Que sí.

En cuanto la vista abarca

el campo se encuentra rojo.

Por cama, seco rastrojo;

el agua de inmunda charca;

siempre el enemigo al ojo.

El grande zurra al pequeño;

tú corres, yo me despeño;

mueren mil y uno se salva;

tambores durante el sueño,

trompetas antes del alba.

Y sigue la atroz pelea,

de nuevo la sangre humea,

y cien más pierden la vida:

si esto es cosa divertida,

que baje Dios y lo vea.

MARINA. Ajeno al temor su pecho,

si ya ha dicho no me caso,

dicho está.

BELTRÁN. Del dicho al hecho

hay, sobrina, mucho trecho.

MARINA. Para el ama hay sólo un paso.

BELTRÁN. De esta agua no beberé

no diga nadie en el mundo:

oye, y te convenceré.

MARINA. ¿Es cuento?

BELTRÁN. Cuento es a fe.

MARINA. ¿Y él lo prueba?

BELTRÁN. En él me fundo.

Es historia bien sucinta.

Gil Baile, pobre primero,

y después rico heredero,

en la puerta de su quinta

fijó altivo este letrero:

«Desde un río al otro río

todo cuanto existe es mío;

mío el frontero encinar,

y lo que me ha de matar,

no es hambre, ni sed, ni frío.»

De caza una vez salió,

y un tropezón o un calambre

a una sima le arrojó;

y allí el infeliz murió

de sed, de frío y de hambre.

MARINA. A Dios castigarle plugo.

BELTRÁN. Yo al ama impondré mi yugo,

y la casaré, que el cobre

se bate a golpes, y pobre

pertinaz saca mendrugo.

Y también a ti, lucero,

buscarte marido quiero.

MARINA. Soy muy niña.

BELTRÁN. No a mi ver,

que juventud de mujer

es como sol de febrero.

Deja que a mis anchas obre.

Tú rechazaste a Matico.

MARINA. Por feo.

BELTRÁN. A Blas.

MARINA. Por borrico.

BELTRÁN. A Sancho.

MARINA. Porque era pobre.

BELTRÁN. ¿Y a Fortún?

MARINA. Porque era rico.

BELTRÁN. Quiero arreglar sin demora

esta casa, y por alguno

fuerza es decidirse ahora.

MARINA. Ya me decidí por uno.

BELTRÁN. ¿Cuál?

MARINA. Silencio: la señora.

Escena X

DICHOS y DOÑA JUANA.

D.ª JUANA DE MENDOZA. (Tiemblo por él.) ¿Aún aquí?

(Reparando en BELTRÁN.)

BELTRÁN. Al monte, ¿a qué he de tornar?

D.ª JUANA DE MENDOZA. Aquí te puedes quedar

cuidando del parque.

BELTRÁN. Así siempre os dé el cielo que dar.

(Vanse BELTRÁN y MARINA.)

Escena XI

DOÑA JUANA. Después, un ESCUDERO.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Bien le sienta la armadura,

bien rige el tordo bridón,

lleno de marcial bravura.

¡Ser de condición oscura,

con tan noble corazón!

¡Y si en la contienda airada

le vence más diestra espada!

Arrostra la muerte allí.

Mas, en verdad, que me agrada

que vaya a luchar por mí.

ESCUDERO. Un paje del Rey, licencia

pide en su nombre.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Que espere

un instante... El Rey lo quiere:

condúcele a mi presencia.

Escena XII

DOÑA JUANA y un PAJE.

PAJE. Dadme a besar vuestros pies.

(¡Qué sin igual bizarría!)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Hanme dicho que te envía...

PAJE. El Rey, mi amo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Habla, pues.

PAJE. (Esperanzas, alentad.)

Es el querer soberano

que esta carta en propia mano

os entregue.

D. ª JUANA DE MENDOZA. A ver.

PAJE. Tomad.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Y respuesta aguarda el paje?

PAJE. No he de volverme sin ella.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Dice así.

PAJE. (¡Por Dios, que es bella!)

D. ª JUANA DE MENDOZA. (¡Por Dios, que es lindo mensaje!) (Lee.)

«Si en valle desierto sus galas humilla

a todos oculta la rosa fragante,

quien es en virtudes blasón de Castilla

mi corte ennoblezca, sus glorias levante.

Y a más, recordando que al sumo imperante

los fuertes Mendoza sirvieron a ley,

esposa os fago del noble Almirante,

del gran don Alfonso, mi primo.-Yo el Rey.»

Más vale tomarlo a fiesta.

¡Oiga! ¡El Rey casamentero!

PAJE. Vuestras órdenes espero.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Vete.

PAJE. No sin la respuesta

que está aguardando anhelante.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Yo haré que a sus manos llegue.

PAJE. Dejad que en su nombre os ruegue

no diferirla un instante.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ya me enojas.

PAJE. Con razón

atrevido os parecí,

mas sirvo a mi dueño así

y sirvo a mi corazón:

Que en el Almirante fío

la amistad más verdadera,

tal, que su contento fuera

también el contento mío.

D. ª JUANA DE MENDOZA. (¡Y debo al solio real

tan inmerecida ofensa!)

PAJE. (Mucho, vive Dios, lo piensa.)

¿Me dais respuesta?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sí tal.

PAJE. ¿Les diré?...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Que yo te he dicho

que ha de hacerse un casamiento

por propio convencimiento,

no por ajeno capricho;

y que es fuerza que frustradas

queden hoy sus pretensiones,

por éstas... y otras razones

que estimo para calladas.

PAJE. Olvidáis que a ese galán

hizo próspero destino

del Rey difunto sobrino,

y primo del Rey Don Juan.

Y si esto sólo pregona

los timbres de su hidalguía,

no son de menos valía

las prendas de su persona.

De su esfuerzo al combatir

puede Aljubarrota hablar,

do cien lanzas fue a quebrar.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Donde no supo morir.

Sin rendir el fuerte acero

allí mi esposo cayó,

y mi padre allí murió,

salvando a Don Juan primero.

PAJE. Acabemos de una vez.

¿Qué respondo?

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Aún perseveras?

Que han de ser más duraderas

las tocas de la viudez.

PAJE. Así al Rey no satisfago.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ya la plática es prolija:

dile entonces que soy hija

del señor de Hita y Buitrago.

PAJE. Bien sabéis que no lo ignora.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Pues si ya a olvidarlo empieza,

añade que mi nobleza

es más limpia que la aurora.

Que el blasón que ileso guardo

no manchará humana ley.

PAJE. Un primo suyo os da el Rey.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Que es el hijo de un bastardo.

PAJE. ¡Oh!...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Jamás sobre mi escudo

caerá tan negro borrón.

Esta es mi contestación

al que imaginarlo pudo.

PAJE. ¡Tal oigo!

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡El nombre manchar

que heredé de mis abuelos!

¡Oh, nunca!

PAJE. ¡Viven los cielos!

¡Y no me puedo vengar!

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Me amenazas? ¡Qué ¡insolencia!

Porque el monarca te envía

tienes lengua todavía

para hablar en mi presencia.

Vuela a cumplir tu mensaje,

a mi decoro ofensivo;

huye, que mi pecho altivo

enciéndese de coraje.

Y el hombre a quien sirves fiel,

y con su empeño me ultraja,

sepa que no se rebaja

la Ricahembra hasta él.

¡Unir su sangre a la mía

y un bastardo le engendró!...

¡Y él mismo también nació

con sello de bastardía!

PAJE. ¡Basta ya!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Con torpe mengua

los votos rompió malvado;

su padre a Dios consagrado,

y ¿por quién?...

PAJE. ¡Tened la lengua!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Y de aquella unión impía

brotando el retoño odioso,

el padre fue un religioso,

fue la madre una judía.

PAJE. Mentira. (Dale un bofetón1. Pausa.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Oh! ¿Será verdad?

¿Tu mano en mi rostro?... Sí,

que aún la siento impresa aquí.

Hola, mis guardias, llegad.

(Asomándose a la puerta del foro y gritando. Aparecen en ella

guardias y pajes.)

PAJE. Sobrado tiempo me humilla

este disfraz en que estoy:

don Alfonso Enríquez soy,

almirante de Castilla.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Temed todos mi furor

si del muro alguien saliere. (A los guardias.)

Que en mi cámara me espere

decid a mi confesor. (A los pajes.)

Ved que nunca fuerza ha sido

tan exacto cumplimiento.

(A los guardias y pajes, que se retiran.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Qué es lo que intentáis?

(Después de batallar con mil dudas, en la mayor agitación.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Qué intento?

Que vais a ser mi marido.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Cielos!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sin ningún retardo,

antes de que a nadie habléis.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Señora, ved lo que hacéis;

recordad que soy bastardo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Tu maldad que mi honra empana,

¿límites no reconoce?

¡Justo es que así te alboroce

tan digna, tan noble hazaña!

Pero si a mis pies te postro

y hago que tu sangre corra,

con tu sangre no se borra

esta mancha de mi rostro.

A ser tu esposa me allano;

mas nadie dirá atrevido,

que quien no fue mi marido

puso en mi rostro la mano.

Escena XIII

DICHOS. VIVALDO, MELENDO, BELTRÁN y MARINA. (Soldados que permanecen en el fondo.)

VIVALDO. ¡Por nosotros la jornada!

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Qué buscas, dime; qué es ello?

VIVALDO. Se entrega el conde don Tello.

D. ª JUANA DE MENDOZA. No estoy en mí.

VIVALDO. Ved su espada.

(Presentando una.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Herido tú!

VIVALDO. Allá en la linde

de los pomares le acoso,

y con ánimo hazañoso

mi gente a la suya rinde.

¡Del cielo ha sido milagro!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Vivaldo, ¿es grave tu herida?

MELENDO. Debo a su valor mi vida;

por siempre se la consagro.

D. ª JUANA DE MENDOZA.¿Qué más venturas anhelo?

(Con amarga expresión.)

¡Hoy triunfo de mí enemigo,

y a nuevo enlace me obligo!

(Extrañeza en todos.)

Con el Almirante. (Mostrándolo a todos.)

VIVALDO. (¡Cielo!)

(Después de una gran pausa, dirigiéndose respetuosamente a DOÑA JUANA.)

¡A la coyunda de amor

cede al fin la mujer fuerte!

(Reprimiendo apenas su despecho.)

D.ª JUANA DE MENDOZA. Es más fuerte que la muerte

el imperio del honor.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Si os ultrajé, perdonad;

ya os cumple mi arrojo insano.

Dadme a besar vuestra mano.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Os la daré... en el altar.

BELTRÁN. ¡Ah de Gil Baile!

VIVALDO. (¡Ay de mí!)

BELTRÁN. Aplica el adagio ahora. (A MARINA.)

Hoy se casa la señora;

mañana te caso a ti.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

Adarves de la casa fuerte de los Mendoza. A la izquierda, la fachada principal y torres de la fortaleza. A la derecha, dos cubos elevados. Por el fondo se descubre una amena campiña.

Escena I

DON ALFONSO, que figura contemplar un caballo. BELTRÁN, aderezando varias armas. Algunos pajes atraviesan la escena con aprestos bélicos.

BELTRÁN. Es, señor, única y sola
tan linda estampa de bruto.
D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Lleno el pecho, el brazo enjuto,
pomposa y luenga la cola,
erguidos el cuello y frente,
vivo el ojo y perspicaz,
corta oreja y nunca en paz
al menor rumor que siente.
BELTRÁN. Cree de marcial contienda
escuchar el ruido bronco.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Mírale doblar el tronco

donde está fija la rienda.

BELTRÁN. Va a ser, juro por Beltrán,

más nombrado que el del Cid.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Anhelo entrar en la lid

con tan brioso alazán.

BELTRÁN. ¡Oh, cuál prueba el duro callo

en la piedra resonante!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Un tesoro no es bastante

a pagarme este caballo.

Por más que el bosque revuelva

sus ramos, y su agua el río,

cruza con el mismo brío

el ancho cauce y la selva.

No pudo cosa jamás

torcer su curso violento;

al competir con el viento,

el viento se deja atrás;

y aunque truene la bombarda,

lanzando encendida piedra,

ni el estrépito le arredra,

ni el peligro le acobarda.

BELTRÁN. Prodigios que es dado hacer

al emplasto de Galeno.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Cómo?

BELTRÁN. Al látigo y al freno,

que hacen santa a la mujer.

En antojos de una niña

necio el hombre su honra puso,

ya que es fuerza andar al uso

que el miedo guarde la viña.

Yo sé que si a una beldad

ronda un mancebo moscón,

es siempre por devoción

y nunca por santidad.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Si ella es honrada...

BELTRÁN. Al más lego

ya no le asusta un desdén,

puesto que sabe muy bien

lo de la estopa y el fuego.

Sabe que tiene del rayo

la fuerza el maldito amor,

y que hace al siervo señor

y al señor trueca en lacayo.

Como son dos al mohíno...,

como en nadie hay que fiar...,

guárdate si ves pelar

las barbas de tu vecino.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. En murmurar se te pasa

la vida.

BELTRÁN.Es cosa resuelta

que hay quien duerme a pierna suelta

y se está ardiendo su casa.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Habla más claro, Beltrán.

BELTRÁN. Aludo al viejo Lorente,

cuya hija burló inclemente

un ocioso perillán.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (¡Qué locura!) (Luchando consigo mismo.)

BELTRÁN. No es extraño...

Gente, al fin, de poco lastre;

y ya veis que no es mal sastre

aquel que conoce el paño.

Mas con todas, a mi ver,

Satanás se comunica:

tonta o cuerda, pobre o rica,

la menos mala es mujer.

Por eso en toda ocasión,

cuando una sale bellaca,

la mejor razón la estaca

para ponerla en razón.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Mal las tratas. ¿Qué te han hecho?

BELTRÁN. Como es arisco animal,

siempre quien lo trate mal

sacará mejor provecho.

¡De ello tengo pruebas hartas!

Vos pretendisteis en vano

de mi señora la mano

en mil comedidas cartas.

Después, según he sabido,

caminasteis de otra suerte...

No hay cosa como hablar fuerte

para sacar buen partido.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Qué dices? (Sobresaltado.)

BELTRÁN. Alguien oyó

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Qué?

BELTRÁN. Las voces.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Nada más?

BELTRÁN. ¿Qué más hubo?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Necio estás.

Mi afecto la cautivó.

BELTRÁN. Oh, fueran cual la señora

las hembras de este lugar.

Merece el ama un altar.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Dices bien.

BELTRÁN. ¿Quién no la adora?

Cierto que alguno también

de sus bondades abusa.

Lo que se usa no se excusa.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Quién abusa?

BELTRÁN. Alguno.

D. ALFONSO, ¿Quién?

BELTRÁN. No espere buen aguinaldo,

que al fin y al cabo...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Su nombre.

BELTRÁN. Fuera de ello, es todo un hombre.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sí: Melendo.

BELTRÁN. No: Vivaldo.

Sólo priva con el ama.

Y de ella jamás se cura

cuando le ama con locura.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Ella!

BELTRÁN. Sí, señor, le ama.

Llora la infeliz, ¡cruel!...

Y él lo sabe, y su querella

desoye.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Quién llora?

BELTRÁN. Ella.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Quién es ella? ¿Quién es él?

(Con gran impaciencia.)

BELTRÁN. No merece tal desprecio:

en pensarlo me sofoco.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Tú me estás volviendo loco.

Eres pesado.

BELTRÁN. Él un necio.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (La paciencia se me acaba.)

Que sepa yo quién se aflige,

o juro...

BELTRÁN. ¿Pues no le dije?

Marina.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (Por otra hablaba.)

BELTRÁN. Pues ¿quién ha de ser? Marina.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Conque mi buen secretario?...

BELTRÁN. Sí, señor: es necesario

casarle con mi sobrina.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Se casará. (Como tomando una resolución.)

BELTRÁN. No es tan obvio.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Un gran dote...

BELTRÁN. Soy un azote.

¡Oh sobrina! Con buen dote

no hay una mujer sin novio.

Vuelo a decirles, señor,

nueva tan grata.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. En buen hora.

BELTRÁN. ¡Vivaldo una protectora,

y Marina un protector!

(Éntrase en el castillo a tiempo que uno de los pajes que cruzan la escena recoge las armas que aquél estaba aderezando al comenzar el acto, y se las lleva por la derecha.)

Escena II

DON ALFONSO**.** ¿Por qué su lenguaje extraño

me conturba de tal modo?

Todo cuanto escucho, todo

recelo que es en mi daño.

¡Cielo! ¿Y me han de separar

hoy de mi esposa adorada?

¿No pudiera sin mi espada

el Rey en la lid triunfar?

Sin razón desconfié.

De Vivaldo la tristeza,

su despego, su aspereza

para conmigo, ¿por qué

han de infundirme recelos?

¿No puede en su corazón

dominar otra pasión?

¡Malditos, malditos celos!

Pero él se acerca.

Escena III

DON ALFONSO y VIVALDO.

VIVALDO. (¡Él aquí!)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (¡Si yo averiguar pudiera!...)

VIVALDO.(¡Oh, su presencia me altera!)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Parece que huyes de mí!

¿Qué tienes? ¿Por qué te veo

siempre adusto y pensativo?

VIVALDO.(Este celo intempestivo...)

¿Sospecha de mí?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Deseo

saber de tu pesadumbre

la causa. ¿Qué te suspende?

Habla.

VIVALDO. (Explorarme pretende.

Fuerza es que yo le deslumbre.)

Ya os hubiera contestado,

mas temo indiscreto ser.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Discreto es obedecer.

VIVALDO. Pues bien: nací desdichado.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Quien de la suerte murmura,

su debilidad publica.

VIVALDO. Mas ved...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Cada cual fabrica

su buena o mala ventura.

VIVALDO. Juntos ganan la victoria

el capitán y el soldado:

el uno muere olvidado,

el otro vive en la historia.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Lo que a la dicha conviene

no es un renombre glorioso:

con su honra vive dichoso

el que sabe que la tiene.

VIVALDO. Nada injusto he codiciado.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Pero ¿qué te falta?

VIVALDO. Un nombre.

Tengo valor, y no es hombre

quien no mejora su estado.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Que eres ambicioso o loco,

me hace creer lo que escucho.

VIVALDO. Sólo sé que aspiro a mucho

y que siempre alcanzo poco.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(Clara su ambición se ve.)

No basta la voluntad

para elevarse.

VIVALDO. Es verdad:

yo presentar no podré

armas en piedra esculpidas;

pero sí abolladas cotas,

lanzas y banderas rotas,

y un pecho lleno de heridas.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (Desde que oyéndole estoy,

a su valor me aficiono.)

Algo tienes en tu abono.

VIVALDO. Obra es mía cuanto soy.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Bien sé que pobres o ricos

de humildes o excelsos nombres,

no son de cerca los hombres

ni tan grandes ni tan chicos.

Mas no ansíe tu altivez

trocar la choza en palacio:

bien cruza el ave el espacio;

bien nada en la mar el pez.

VIVALDO. ¿Alguna vez no acontece

que, en los trances de la vida,

se achica el grande a medida

que el pequeño se engrandece?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Digna es de ser bien pagada

cualquier insigne proeza;

más vale adquirir nobleza

que corromper la heredada.

VIVALDO. Pero ¡en cuántas ocasiones

premio la virtud no cobra!

¡Y en cuántas la dicha es obra

del oro y de los blasones!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Delirios de la ambición!

VIVALDO. En el mundo, por desdoro,

vence a la virtud el oro,

vence un nombre a un corazón.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (Por mí habló. ¡Villano exceso!)

VIVALDO.(¡Vive Dios, que me declaro!)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿A un corazón?... (¡Qué descaro!)

¿El oro?... ¿Un nombre? No es eso.

Es que la soberbia loca

de escalar el cielo trata,

y en injurias se desata

cuando su impotencia toca,

Es que la dicha que sueñas

no es tu dicha. Tiende el vuelo:

procura escalar el cielo.

¡Ay de ti si te despeñas!

VIVALDO. Señor...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Basta. (Ya ¿qué puedo

dudar?)

VIVALDO. Ved...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. El labio sella.

(¿Y he de dejarle con ella?

¿Y he de partir?-No; me quedo. (Vase por la derecha.)

Escena IV

VIVALDO. Muy torpe anduve. El despecho

me ha vendido. Sus enojos

me descubren claramente

que está de mí receloso.

¿Qué hacer? ¿Olvidar? ¿Fingir?

¡Oh, mi empresa no abandono!

Escena V

VIVALDO y MARINA.

MARINA. (Allí está. ¡Pues, como siempre!

Mal hayan sus soliloquios.

¿Pensará en mí? ¡Qué locura!

Debiera tenerle odio

y rabia; pero tras él

ciega y desalada corro.)

VIVALDO. (Ya no es fácil disuadirle.

¡Si yo descubriese el modo!

(Reparando en MARINA y como iluminado por una repentina idea.)

¡Ah! ¡Sí!-Marina...

MARINA. (Me vio, y hablarle será forzoso.)

¿Me llamabas?

VIVALDO. Sí.

MARINA. ¿Qué quieres?

VIVALDO. (¿Y la he de engañar? ¡Qué oprobio!)

(Momentos de silencio.)

MARINA. (Pues, señor, ¡estamos bien!)

(Con despecho, aparentando irse.)

Vivaldo, adiós.

VIVALDO. Poco a poco.

(Con artificiosa dulzura.)

¿No sabes que eres muy linda?

MARINA. ¿Quién te lo ha dicho?

VIVALDO. Mis ojos.

MARINA. ¿Y cuándo?

VIVALDO. Al punto que vieron

tener envidia a tu rostro

las rosas y los claveles

que esmaltan esos arroyos.

Eres muy linda.

MARINA. Habla quedo,

no escuche tales piropos

quien lo sienta.

VIVALDO. ¿Quién?

MARINA. La bella

que turba así tu reposo.

VIVALDO. Es verdad; pudiera oírme:

no está lejos de nosotros.

MARINA. ¿Vive en el castillo?

VIVALDO. Aquí...

En mi pecho.

MARINA. ¿La conozco?

VIVALDO. La conoces.

MARINA. ¿Mucho?

VIVALDO. Mucho.

MARINA. ¿Y es su nombre?...

VIVALDO. No la nombro.

MARINA ¿Te has declarado?

VIVALDO. Jamás.

MARINA. Pues ¿qué temes?

VIVALDO. Sus enojos.

MARINA. Haz por llamar a la puerta.

VIVALDO. ¿Y si es el portero sordo?

MARINA. Pruébalo a ver.

VIVALDO. No me atrevo.

Todos los medios agoto.

Y...

MARINA. Cuando una mujer ama,

se lo conoce el más bobo.

VIVALDO. ¿En qué?

MARINA. Se conoce...

VIVALDO. ¿En qué?

MARINA. A la legua... Si es notorio.

¿Pues no se ha de adivinar?

VIVALDO ¿En qué se adivina?

MARINA. En todo.

Dime tú cómo se llama,

y verás si al punto logro

conocerlo.

VIVALDO. Será en vano.

Ella sabe que la adoro,

y finge ignorarlo.

MARINA. Que ella

hable primero no es propio.

VIVALDO. Dios querrá que me declare.

MARINA. Amén.

VIVALDO. Amén.

MARINA. Ten arrojo.

VIVALDO. Pues bien: se llama... Alguien viene.

MARINA. Di...

VIVALDO. Marina..., adiós.

(Estrechando su mano con entusiasmo aparente, y dando a sus palabras un sentido equívoco.)

MARINA. (¡Oh gozo!)

VIVALDO. (¡Mi estrella así lo dispone!

Esto es indigno, alevoso.)

Escena VI

DICHOS, DOÑA JUANA y BELTRÁN, VIVALDO se dirige hacia el fondo, donde se encuentra con DOÑA JUANA, que le detiene.

MARINA. ¡Marina, Marina, ha dicho!

BELTRÁN. Tenemos dote, y no flojo.

MARINA. Vivaldo...

BELTRÁN. Te ama. ¿Quién duda?

MARINA. Se ha declarado.

BELTRÁN. ¡Ah, buen mozo!

Miel sobre hojuelas: en tanto

que piensa el cuerdo, obra el loco.

¡Picarilla! Oros son triunfos.

Te protege don Alfonso.

¿Hoy sin falta? ¿Lo entiendo? Hoy sin falta,

escritura y matrimonio.

Yo te domaré, Vivaldo.

(Viendo llegar a VIVALDO.)

¡Cualquier mujer ya es negocio!

Si rica, un áspid; si pobre,

aburrimiento y estorbo;

si hermosa, recelo y susto;

si fea, tedio y bochorno.

(DOÑA JUANA y VIVALDO bajan al proscenio.)

Vengan esos cinco, y vengan (A VIVALDO.)

ambas manos. Lo sé todo. (Con misterio.)

Hemos de hacer buenas migas;

hemos...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Beltrán, ¿qué alborozo?...

BELTRÁN. No pueden estar ocultos

la dicha, el amor, ni el oro.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Cuéntame.

(MARINA hace señas a su tío para que calle.)

BELTRÁN. ¿A qué misterios?

Caso hoy mismo este pimpollo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Marina, tanta reserva!...

¿Y dónde bueno está el novio?

BELTRÁN. Ambos cónyuges presentes.

D. ª JUANA DE MENDOZA.¿Tú? (A VIVALDO.)

VIVALDO. (Merezco tal sonrojo.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Muy bien, señor desposado.

VIVALDO. Burlas de Beltrán.

MARINA. (¡Qué oigo!)

VIVALDO. Siempre decidor y alegre.

MARINA. (¡Ay de mí!)

BELTRÁN. Cuentos no forjo.

VIVALDO. Pero...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Tu elección aplaudo. (A VIVALDO.)

BELTRÁN. Se ha declarado hace poco.

(Dirigiéndose resuelto a DOÑA JUANA.)

MARINA. Más no con todas sus letras. (Bajo a BELTRÁN.)

BELTRÁN. ¡Qué letras, ni qué demonio! (A MARINA.)

El hombre, por la palabra... (A VIVALDO.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Pensad en ser venturosos.

VIVALDO. ¡Yo feliz! ¡Ay, no me entiende

nunca la mujer que adoro!

Mísera hiedra caída,

busco en vano el verde tronco.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ella te quiere.

VIVALDO. (¿Qué dice?)

MARINA. (Por mi mal.)

BELTRÁN. Eres un topo. (A VIVALDO.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿No es cierto? (A MARINA.)

BELTRÁN. Lleva gran dote.

(A VIVALDO, reservada y enfáticamente.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Hoy le llamarás tu esposo!

(A MARINA, con noble satisfacción.)

VIVALDO. (¿Qué hacer?)

BELTRÁN. Piedra movediza

(A VIVALDO, impaciente.)

nunca se cubre de moho.

MARINA. (¡Crédula de mí!) Termine

ya, señora, este coloquio.

Burla que suena a verdad,

es fiera burla.

D.ª JUANA DE MENDOZA. ¿Pues cómo?

MARINA. Ni me quiere, ni le quiero: (Violentándose.)

dos buenos amigos somos,

¡Ah, señora! ¡Él a mi mano

aspirar! Ni por asomo.

¿Quién a rústica villana

se unirá en pobre consorcio,

cuando frenético ansíe

ceñir laureles heroicos?

¿Cómo ha de agitar el bieldo

pudiendo lanzar bohordos,

ni seguir con el arado

tras los bueyes perezosos?

Quien de acero el pecho viste,

desdeñará el sayo tosco;

no ha de preferir la aldea

a ser de la corte asombro.

¿Cómo en humilde cabaña

podrá cifrar su tesoro,

y en honesta labradora,

y en infantiles sollozos?

Siga otro rumbo Vivaldo:

yo su ventura ambiciono.

siempre en él veré un amigo.

BELTRÁN.(¡Qué buen amigo es el lobo!)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Mis hijos, no me ocultéis

un afecto que no ignoro,

que yo no extraño, que apruebo,

y en el que ufana me gozo.

¡Oh, tú deliras! Vivaldo

rinde constantes elogios

a pastoriles albergues,

no a soberbios capitolios.

Más precia ver en tus manos

de blanco vellón los copos,

que esmeraldas y diamantes

cercados de perlas y oro.

Más precia que áulica pompa

la hermosura de tu rostro,

la inocencia de tu pecho,

la modestia de tus ojos.

El fuego de casto amor

en bálsamos deleitosos

baña el alma, y la engrandece,

y el cielo nos abre próvido.

La senda de la virtud

es de rosas, no de abrojos.

VIVALDO. ¿Quién no os ama con delirio?

BELTRÁN. Como un rapazuelo lloro.

VOCES DENTRO. La hemos de ver.

OTRAS. ¿Dónde está?

La hemos de ver.

D.ª JUANA DE MENDOZA. ¿Qué alboroto?

BELTRÁN. Son mis labriegos del monte,

ciegos, mancos, tuertos, cojos.

El señor, por gente inútil,

los planta en la calle a todos.

Escena VII

DICHOS. Turba de LABRIEGOS, ancianos y lisiados, que vienen por el

foro. Después, DON ALFONSO.

LABRIEGO 1. º Piedad!

LABRIEGO 2. º ¡Compasión!

LABRIEGO 3. º ¡Piedad!

LABRIEGO 1. º Cortando del monte el fuego

quedé manco...

LABRIEGO 2. º Quedé ciego.

LABRIEGO 1. º Es mucha inhumanidad

así arrojarnos de casa.

LABRIEGO 2. º Yo serví mientras podía.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Y os echa?...

VARIOS. El amo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. A fe mía,

que os iréis luego.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Qué pasa? (Entrando.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Son los mozos que despides. (Con recato.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Ninguno puede servir;

y si tardan en salir...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Jamás quien eres olvides.

LABRIEGO 1. º Ved que es vuestro el señorío (A DOÑA JUANA.)

y que gobernáis mejor.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Aquí no hay más que un señor,

y ese señor es el mío.

LABRIEGO 1. º Desque vino, a cada hora...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ninguno se me desmande.

¿Quién hizo todo lo grande?

VARIOS. Vos.

LABRIEGO 2. º Sola vos.

LABRIEGO 1. º Vos, señora.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Quién labra, zagal intonso,

la iglesia, el puente, los muros,

para que viváis seguros?

Don Alfonso, don Alfonso.

(Murmullos entre los labriegos.)

¿Qué murmuráis? Sin razón

venís, y he de castigallo.

VARIOS. No. (Desconcertados.)

OTROS. No.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Enmudezca el vasallo (A la

turba.)

y hable tu buen corazón.

(Aparte, a DON ALFONSO.)

Quédense todos aquí.

De tu amor lo solicito.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Para qué los necesito?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Te necesitan a ti. (Vuelve a los labriegos.)

¡Oh, cuán generoso, vedle!

Te da ganado. (Al 1. º) A ti, hacienda. (Al 2.º)

Los pomares os arriendan. (A un grupo.)

Vuestro es el monte: rompedle. (A los más.)

(Los labriegos se adelantan hacia DON ALFONSO, y se prosternan ante

él.)

VARIOS. ¡Oh señor!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (¡Esta mujer!...)

BELTRÁN. Basta ya de cortesía. (Separándolos.)

D.ª JUANA DE MENDOZA.¿Queréis más?

BELTRÁN. ¡Bueno estaría!

¿Qué más han de pretender?

LABRIEGO 1. º Señora, yo voy contento;

pero, en fin, es necesario

que me deis también salario.

BELTRÁN. Yo te daré... con un cuento.

(Agarrándole por un brazo.)

Jadeando, en el rigor

de julio, entre ardientes breñas,

envuelto en polvo y sudor,

iba un triste segador,

de mi pueblo, por más señas.

Por el camino venía

con su recua un trajinante,

y al que a lástima movía

le grita con buen talante:

«Monta esa caballería.»

Sube el otro, alienta, y cuando

sobre el aparejo blando

se contempla caballero,

volviéndose al arriero

le dice: «¿Y qué voy ganando?»

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ya miráis cómo se apiada

el señor de vuestra cuita:

del duro trabajo os quita,

y os da vejez descansada.

LABRIEGO 2. º Con mi sangre no le pago.

LABRIEGO 1. º Mil lauros coja en la lid.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sus banderas despedid

hasta las cumbres de Ayago.

(Vanse por la derecha.)

Escena VIII

DON ALFONSO y DOÑA JUANA.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ .Id con Dios.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Óyeme, Alfonso.

De tu consejo y prudencia

reclamo ayuda.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Habla al punto.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Que me inspirases quisiera

para salvar a Ramiro.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Aquel que las canas huella

del viejo Lorente?

D.ª JUANA DE MENDOZA. Debo

juzgarle.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Y calla mi lengua:

que al hombre aconseja el hombre,

y al juez sólo su conciencia.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Cuerdo aviso, y yo le acato.

Ahora bien: dime si ordenas

que a nadie entrar se permita

de noche en la fortaleza.

Sabes que así lo previene

costumbre antigua y discreta.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Tú eres aquí la señora;

dispón lo que te parezca.

D.ª JUANA DE MENDOZA. En tu ausencia es necesario...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Desistí de ir a la guerra:

todo apresto militar

ya he mandado que suspendan.

D.ª JUANA DE MENDOZA. ¿Cómo?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Lo he pensado bien.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¿Bien lo has pensado y te quedas?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sí.

D.ª JUANA DE MENDOZA. ¿Cuando oprime a Galicia

el leopardo de Inglaterra?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sí.

D.ª JUANA DE MENDOZA. ¿Cuando pide Alencastre

del Rey Don Pedro la herencia?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sí.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Cuando vacila el trono

de Don Juan? ¡Oh! Por tus venas

la sangre de Trastámara

no corre.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. En civil contienda

no correrá. Contra alarbes

sólo fulmino mi diestra.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Quién te hace juez de esa causa?

Ni califica ni cuenta

un noble los enemigos.

Su estandarte el Rey despliega,

y quien hidalgo nació,

calla, lo sigue y pelea.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Me estoy por honrado aquí.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Y allí el Rey te aguarda! ¡Oh mengua!

¡En ocio tú, y en su ayuda

se arman los hijos del Sena!

Te desconozco.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (Con intención.) La peste

el campo enemigo diezma,

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Y es acaso más temible

que sus tiros y ballestas?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Buscas mi muerte?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Tu vida,

que es tu fama, y la atropellas.

¿Tienes miedo?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Miedo yo;

D.ª JUANA DE MENDOZA. Sí.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Juana!

D.ª JUANA DE MENDOZA. Sí.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Y tú me afrentas?

Si mujer, y mujer mía

no fueses, aquí murieras.

D.ª JUANA DE MENDOZA. ¡Muy bien, muy bien! Esos bríos

en el palenque los muestra.

Vuelve los ojos y mira

de tu Rey las blancas tiendas,

los corceles que galopan,

las armas que centellean.

Los guerreros que del Betis

pisan las dulces riberas;

el fuerte cántabro, el ágil

murciano, el astur atleta;

los que el áureo Tajo ilustran,

ricos en valor y ciencia.

Oye, cual rumor de viento,

a tambores y trompetas

de cien famosos linajes

saludando las enseñas.

Partid, batallad, venced...

Mas, ¡ay!, que allí en la refriega

no se alzan de los Mendoza

las perínclitas banderas.

Tened, tened: ya la hueste

parte de la Ricahembra...

Si tú no, yo saldré al campo,

Y no seré la primera.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ ¡Tú! Nunca. Triunfar anhelo

o morir en la refriega.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Allí te aguarda la gloria;

aquí mis brazos te esperan.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (Tal mujer es imposible

que me engañe y que me mienta.)

¡Mi Juana!

D. ª JUANA DE MENDOZA.(Con voz solemne.)

Tu honor es mío.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¡Te adoro!

Dª JUANA. Mi afecto premias.

Corro a preparar la hueste.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Yo torno al instante.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Vuela.

(DOÑA JUANA sale por la derecha. DON ALFONSO se dirige al castillo,

VIVALDO habrá aparecido momentos antes por el foro, permaneciendo

oculto.)

Escena IX

VIVALDO, solo.

Alienta, corazón mío,
corazón hecho pedazos,
que ves en ajenos brazos
al dueño de tu albedrío.
Pronto mi dolor impío
cambiará en glorias la suerte.
Reta, Alfonso, al Duque fuerte,
lidia en dudosa pelea,
y asombro tu triunfo sea,
mas séllalo con tu muerte.
¿Es delirio? ¿Es realidad?
¿Va a lucir un solo día,
claro el sol de mi alegría?
Horas de encanto, llegad.
Señora, ya a tu beldad
puedo rendir sin enojos
vida y alma por despojos,
alcanzando en toda parte
verte, oírte, contemplarte,

morir de amor en tus ojos.

¡Fortuna, por fin darás

algún alivio a mi pena!

No desisto: el verla ajena

me hace desearla más.

¿Yo retroceder? ¡Jamás!

¿Un bastardo fue mejor

amante que un labrador?

Misterio en ello ha de haber,

porque tan grande mujer

nunca eligió lo peor.

¡Por ella qué no arriesgué!

¿Por ella no combatí?

¿En su nombre no vencí?

¿En su bondad no esperé?

¡Este el premio de mi fe!

Necio y torpe me lamento.

Y en tan bárbaro tormento,

si para rendirla no,

¿para qué el cielo me dio

la luz del entendimiento?

Escena X

VIVALDO y DON ALFONSO, éste con yelmo y manoplas.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(¿Por qué al verle se renueva

(Deteniéndose al reparar en VIVALDO.)

la lucha en el alma mía?

De él sospecho todavía.

Hagamos la última prueba.)

Vivaldo, tu corazón

(Acercándose a él y en tono afectuoso.)

hoy a conocer me has dado.

Ven a la guerra: a mi lado

podrás saciar tu ambición.

VIVALDO. ¡Partir! (Sin poderse dominar.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sí; conmigo ven. (Observándole.)

¿No eres valiente?

VIVALDO. Lo soy.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Entonces... (Pausa.)

VIVALDO. Señor..., estoy

(Luchando consigo mismo.)

enamorado.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿De quién?

Habla, di. ¿Quién es la bella?...

VIVALDO. De Marina soy galán.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Lo sabía, y a Beltrán

casarte ofrecí con ella.

No insisto.

VIVALDO. ¡Cuán indulgente!...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Tanto servirte me place,

que se ha de hacer este enlace

antes de que yo me ausente.

VIVALDO. Señor!...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Está decidido,

y al punto... (Alejándose.)

VIVALDO. Advertid primero...

(Procurando detenerle.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Cumplir mi promesa quiero.

(Manifestando su enojo.)

VIVALDO. Más yo nada he prometido.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. No es mucho que yo reclame

que mano de esposo des

a quien amas.

VIVALDO.Bien... Después...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(¡Oh! Sí, me engaña el infame.)

No me obligues a que ejerza

mi autoridad contra ti.

Lo mando.

VIVALDO. Yo mando en mí.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Por fuerza.

VIVALDO. Nunca por fuerza.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Pues ha de ser.

VIVALDO. ¡Raro afán!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Será, cueste lo que cueste.

Escena XI

DICHOS, DOÑA JUANA, BELTRÁN, MARINA, pajes y escuderos.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Todo está a punto: la hueste

espera a su capitán.

BELTRÁN. Y con aire guerreador

aun al más cobarde inflama.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Alfonso, el honor te llama.

(Viendo que permanece inmóvil.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sé que me llama el honor.

D. ª JUANA DE MENDOZA. A partir.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (¡Fiero destino!)

Tardaré algunos instantes.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¿Qué aguardas?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Cúmpleme antes

ser de una boda padrino.

Caso a Vivaldo.

BELTRÁN. ¡Oh placer!

MARINA.¿Hoy?...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Circunstancia precisa.

BELTRÁN. Tiene el señor mucha prisa.

VIVALDO. Tan pronto... no puede ser.

Aun cuando en ello se aferra

don Alfonso, es vano empeño.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Cómo? Lo manda tu dueño.

VIVALDO En volviendo de la guerra.

D. ª JUANA DE MENDOZA .Tu palabra acepto.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. No;

hoy será.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Necio capricho.

(Llevando aparte a su marido.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Pues, Juana, lo tengo dicho.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Y el viento se lo llevó.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Ante un loco he de cejar?

¿Conmigo ha de competir?

Fortaleza es resistir.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Y prudencia no quebrar.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Dices bien. La orden revoco. (Alto.)

(El sí la quiere... Mas, ¡cielos!

¿Ella?... ¡Imposible!... Los celos,

Los celos me vuelven loco.)

Óyeme.

(Habla al oído a BELTRÁN a un lado del teatro.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Vuelve a la calma.

(A MARINA, procurando consolarla.)

MARINA.¿Quién endulzará mi pena?

D.ª JUANA DE MENDOZA.¿Quién, hija? ¡Dios, que serena

las tempestades del alma!

VIVALDO. (Cielos, amparad mi amor.)

(En el centro de la escena, en segundo término.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Que me obedezcas es ley.

(A BELTRÁN, en voz baja.)

BELTRÁN. Ni quito ni pongo rey,

pero ayudo a mi señor.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Vamos a la lid campal.

(¡Oh, yo sabré!)

D.ª JUANA DE MENDOZA. Vamos.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Vamos.

VIVALDO. (¡Se va!)

BELTRÁN. Serviré a dos amos:

pienso que no me ha de ir mal.

(DON ALFONSO, DOÑA JUANA y los pajes y escuderos se dirigen hacia la

derecha. MARINA, sumamente afligida, permanece junto al castillo;

VIVALDO, en el mismo punto en que se hallaba.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

****

Acto tercero

Sala de armas del castillo, con puerta y ventanas practicables en el fondo, que dan a una galería. Puertas en los costados, cubiertas por cortinas árabes. A la derecha del actor, en primer término, un ajimez. Bufete con luces en el lado opuesto.

Escena I

BELTRÁN. Tiempo resta. Ojo avizor
hasta que llegue el momento.
No se escucha otro rumor
(Mirando por el ajimez.)
que en los pinares el viento
y el silbo del ruiseñor.
Mas, ¡ay!, los agüeros van
torciéndose. Una corneja (Vuelve a la escena.)
voló. ¿Qué es esto, Beltrán?
¿Te predice algún desmán?
En tu loco empeño ceja.
¿Qué hacer? ¿Me arrepiento y hablo?
Quien canta su mal espanta.
Cantemos, sí... ¡Guarda, Pablo!
Él es quien es. ¿Y si el diablo
tira luego de la manta?
¿Si se sabe que fui yo

el que...? Diré que no fui:

San Pedro a Cristo negó;

y a Dios gracias tiene un no

tantas letras como un sí.

Ya mi palabra empeñé.

Conciencia, ¿por qué me escarbas

y haces vacilar mi fe?

¿Si lo haré?... ¿Si no lo haré?

Callen faldas y hablen barbas.

(Asomándose al ajimez.)

A no marrar la doctrina,

del pastor, que bien recuerdo,

son las diez; pues ya declina

y toca en el brazo izquierdo

la boca de la bocina.

Aún largo tiempo la luna

tardará en dar en el puente,

que es la señal. Viene gente.

Escena II

BELTRÁN y un VIEJO.

VIEJO. ¿Es mi presencia importuna?

BELTRÁN. Dios te guarde, buen Lorente.

¿Qué ocurre? ¿Tú por acá?

VIEJO. He venido por mandato

del ama.

BELTRÁN. Rezando está,

y aún en salir tardará.

Tienes que esperar un rato.

VIEJO.¡Paciencia!

BELTRÁN. Al fin has de hacer

aquí noche.

VIEJO. ¿En el castillo?

BELTRÁN. Es claro.

VIEJO. No puede ser.

BELTRÁN. Pues hasta el amanecer

no se levanta el rastrillo.

VIEJO. ¡Aquí encerrado hasta el día!

Necesita mi aflicción

aire, campo.

BELTRÁN. ¡Bobería!

VIEJO.¿No sabes que mi agonía

raya en desesperación?

BELTRÁN.¡Desesperarse a tus años!

Ellos mostrarte han debido,

con patentes desengaños,

que es gran médico el olvido

para irremediables daños.

Y Constanza, ¿halló consuelo?

Mas ¿cómo aliviar su duelo?

Y al fin tendrá que ser monja

¡Qué lástima!... Sin lisonja,

la pastora es como un cielo.

Pues matar al delincuente

no es la mejor medicina.

Piénsalo bien: sé clemente.

Quien pronto se determina,

despacio al fin se arrepiente.

¿Qué dices?

VIEJO. No digo nada.

BELTRÁN. Parece que estás difunto.

VIEJO. Recordar me desagrada

esa historia desgraciada.

BELTRÁN. Pues hablemos de otro asunto.

Ya sabrás que comenzó

la guerra.

VIEJO. Ya lo sé.

BELTRÁN. Y di:

¿será larga?

VIEJO. ¿Qué sé yo?

BELTRÁN. ¿Irán los de Astorga?

VIEJO. Sí.

BELTRÁN. ¿Y los de Palencia?

VIEJO. No.

BELTRÁN. Gente de tanto valer

debe acudir la primera.

Mucha sangre va a correr.

Y, según tu parecer,

¿quién triunfará?

VIEJO. El que Dios quiera.

BELTRÁN.¿Y qué me dices de Antón?... (Pausa.)

estoy respuesta aguardando,

¿y callas como un hurón?

VIEJO. Te respondo así: callando.

BELTRÁN.¡Vaya una contestación!

Un rústico llevó un día

al cura de su lugar

cierto asnillo que tenía,

perjurando que leía

con acierto singular.

El preste, de ingenio romo,

busca limpia y abre un tomo:

lo mira el asno sesudo;

mas ¿leer? Ni por asomo,

se estaba mudo que mudo.

Ya el cura se amostazó,

e impaciente exclamó así:

«¿Lee este animal o no?»

Y el otro le respondió:

«Leyendo está para sí.»

VIEJO. Viene el ama a este aposento...

BELTRÁN. Te dejo en su compañía;

y advierte que no es atento

responder como leía

el borrico de mi cuento. (Vase por el foro.)

Escena III

DOÑA JUANA y el VIEJO.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Anciano, guárdate el cielo.

VIEJO. Él más dicha os dé que a mí.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Te he llamado.

VIEJO. Y heme aquí.

D. ª JUANA DE MENDOZA. A solas hablarte anhelo.

VIEJO. Honra inmerecida es,

y os beso los pies ufano.

(Hace ademán de rendirse a sus pies.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. No quiero yo ver, anciano,

tus canas junto a mis pies.

VIEJO. Vuestra virtud y prudencia

dignas son de gran respeto.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿No presumes con qué objeto

dispuse esta conferencia?

VIEJO. Para calmar mi dolor. (Con intención.)

Sin duda a anunciarme vais

que ya decidida estáis

a dar muerte al seductor.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Y si la clemencia mía,

compadeciendo su suerte,

le librase de la muerte,

qué pensaras?

VIEJO. Pensaría

que hollabais vuestro deber.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¿Y así tu lengua ha podido...?

VIEJO. Vos sois la que habéis querido

que os diga mi parecer.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Dura respuesta no ofende

en que el dolor tiene parte.

Ahora quiero suplicarte...

VIEJO.¿Suplicarme vos...?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Atiende.

A tu hija Constanza miro

víctima de una vileza,

que la flor de su pureza

torpe mancilló Ramiro.

Ella en crudo padecer

siente el pecho desgarrado;

y ese hombre, ese malvado,

está unido a otra mujer.

Pero lo que el alma llena

de viva saña y horror,

lo que hace el crimen mayor

debe aminorar la pena.

Su muerte, en crudos desvelos

a una esposa abismaría,

y en negra orfandad impía

a dos tristes pequeñuelos.

El juez a la ley ceñido

justo ha de ser, no clemente;

y está el perdón solamente

en manos del ofendido.

Salva, pues, de angustia fiera

a los que inocentes son:

ten de un padre compasión

Habla; decide.

VIEJO. Que muera.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Próvida clemencia rija

tu pecho, que el odio encona.

VIEJO. ¿Y cuándo un padre perdona

al seductor de su hija?

¿Sabéis cuánto es adorado

por mísero anciano el hijo

en quien ve con regocijo
su propio ser dilatado;
joya que le da altivez
cuando ya todo le humilla;
sol de juventud, que brilla
sobre su helada vejez;
ángel que, de aciaga suerte
aplacando los rigores,
le va sembrando de flores
el camino de la muerte?
Y cuando en horrible duelo
pierdo en ella apoyo y guía,
mi único bien, mi alegría,
mi luz, mi gloria, mi cielo,
¿queréis que perdone al hombre
que inicuo me la arrebata,
a quien la mata y me mata,
a quien deshonra mi nombre?...
Señora, mi justo encono
me acompañará a la tumba.
¡Yo perdonarle!... Sucumba
mi enemigo. No perdono.
Nunca mayor criminal
que el seductor pudo haber,
que la honra de la mujer

es llave del bien y el mal.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Pero el vasallo olvidó

que quien le suplica así,

hoy todo lo puede aquí.

VIEJO. Mucho sí, mas todo no.

Vos nos disteis sabias leyes;

y vos no ignoráis, señora,

que ante la ley bienhechora

rinden su cetro los Reyes;

que no hay poder soberano

digno de existir sin ella,

que el mismo Rey, si la huella,

de Rey se trueca en tirano.

Rasgando el impuro seno

del que roba y asesina,

la ley es arma divina

con que al malo vence el bueno.

Y ella la muerte reclama

del vil que con alma impura

fue ladrón de mi ventura

y asesino de mi fama.

Obrad, pues, con rectitud,

aunque os duela el sacrificio;

que dejar impune el vicio

es corromper la virtud.

No aguardéis, pues, de mi boca

el perdón de ese tirano.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Advierte...

VIEJO. Todo es en vano:

pensad que habláis a una roca.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sé cuál es mi obligación,

y ya, lo probé mil veces;

pero, ¡ay, anciano!, los jueces

tienen también corazón.

La ley premia al virtuoso,

hiriendo al que la atropella;

pero ¡es la piedad tan bella!...

¡Es el perdón tan hermoso!

Acércate más, anciano;

mira en mí tan sólo ahora

una mujer que te implora

y que te tiende la mano.

Ramiro su grave yerro

en tierra lejana espíe;

por su patria en vano ansíe;

también es muerte el destierro.

Tú no pierdas la esperanza

de gozar horas serenas.

Cuando lágrimas y penas

purifiquen a Constanza,

ya cederán los enojos;

y anudados tiernos lazos,

tú morirás en sus brazos,

ella cerrará tus ojos.

No repliques: bien sé yo

que al fin la perdonarás;

y en breve tal vez...

VIEJO. Jamás...

D.ª JUANA DE MENDOZA. Si eres padre, ¿cómo no?

Tú en mi palacio admitido

vivirás siempre a mi lado,

de los míos respetado,

y por mí favorecido.

Tuyo es el puesto que elija

tu ambición: nada lo impide.

Pide cuanto quieras; pide...

VIEJO. Dadme el honor de mi hija.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¿Qué? ¿No logro conmoverte?

VIEJO. No, que deshonrado estoy.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¡Es padre!

VIEJO. ¡También lo soy!

D.ª JUANA DE MENDOZA. El destierro...

VIEJO. No; la muerte.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Ve la sentencia. (Mostrándola.)

VIEJO. Acabad:

firmadla, sed justiciera.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¡Viejo! Por la vez postrera:

¿rasgo este papel?

VIEJO. Firmad.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¡Alma tenaz y enemiga!

(Después de firmar la sentencia y entregársela al VIEJO.)

No fui yo quien le mató,

sino tú.

VIEJO. Ni vos, ni yo:

la ley, que premia y castiga. (Vase por el foro.)

Escena IV

DOÑA JUANA. A su implacable desdén

da el paterno amor consejo.

Razón tiene el noble viejo,

y por quien soy, que hace bien.

¡Después de afanes prolijos, (Tristemente.)

morirá un hombre mañana!...

Su viuda será mi hermana;

sus hijos serán mis hijos.

Escena V

DOÑA JUANA y VIVALDO.

VIVALDO.(Sola está.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ven. Te esperaba.

VIVALDO.(Ya penetro su designio.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Quiero de Marina hablarte.

VIVALDO.¿No oís en la selva ruido

como de caballos?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sólo

(Dirigiéndose hacia el ajimez.)

Rumor de viento percibo.

Desierto aparece el bosque

de la luna al claro brillo.

¡Astro hermoso!

VIVALDO. Compitiendo

con vos se amengua su hechizo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Guarda tan galanas flores

para Marina. Contigo

la he de casar.

VIVALDO. Ese enlace

no es posible.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Di el motivo.

VIVALDO. (Esta es la ocasión.) Señora,

ocultarlo fuera indigno:

sabed que por otra bella

enamorado suspiro.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Y esa mujer corresponde

a tu amante desvarío?

VIVALDO. Lo ignoro.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Es libre?

VIVALDO. En ajenos

brazos, por mi mal, la miro.

D. ª JUANA DE MENDOZA.¡Casada! ¿Y los torpes ojos

pusiste en ella atrevido?

Porque sedujo a Constanza

la vida pierde Ramiro;

conviene a fe que lo sepas.

VIVALDO. ¿Y no es mayor el suplicio,

decídmelo vos, señora,

de quien ama con delirio,

y está por vínculo eterno

a ser que aborrece unido?

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Qué quieres que yo te diga

de caso en que no me he visto?

VIVALDO.(Consigo propia batalla,

y en vano finge desvío.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Vuelve a la razón. Marina,

flor de mágico atractivo,

labrar tu ventura puede;

premio otorga a su cariño.

Con tu dulce compañera

dichoso vive y tranquilo

en las pingües heredades

que yo en dote la destino.

Y si en noble afán de gloria

sientes el pecho encendido,

la gente que puedas arma,

y a tu Rey prestando auxilio,

ya contra el feroz alarbe,

ya contra el inglés altivo,

con sangre en los campos deja

tus altos hechos escritos,

y da con tu humilde nombre

a ilustre raza principio.

Después tornarás ufano

al quieto envidiable asilo,

donde un corazón dejaste

en redes de amor cautivo.

y cuando la edad caduca

te robe el vigor antiguo,

mientras tus hijos combaten,

émulos ya de tus bríos,

báculo hallarás seguro

en los hijos de tus hijos.

VIVALDO. Grandes son vuestros favores.

¡Oh, si pudiera admitirlos!

D.ª JUANA DE MENDOZA. ¿Y por qué no?

VIVALDO. Perdonad.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Explícate.

VIVALDO. Os lo repito:

ardo en otro amor.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Culpable.

VIVALDO. Inmenso.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Dale al olvido.

VIVALDO.¿Basta querer?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Basta.

VIVALDO. ¿Cómo

ahogar del amor el grito?

En vano batalla, en vano,

contra el corazón el juicio,

que siempre en la pugna queda

por vencedor su enemigo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Cuando hallar disculpa quieren

a sus viles apetitos,

que no pueden refrenarlos

dicen siempre los inicuos;

pero ni al prójimo engañan,

ni se engañan a sí mismos.

El Hacedor de los hombres,

no esclavos, libres nos hizo.

VIVALDO. Esclavo soy del afecto

que avasalla mi albedrío.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Porque en sentirle te gozas,

acaso con vil designio.

Retrocede, y hallarás

el premio en el sacrificio;

avanza, y tu ruina es cierta;

que de ese fatal camino

un abismo cierra el paso.

Elige, pues.

VIVALDO. El abismo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Vivaldo!

VIVALDO. Cejar no puedo;

no. Martirio por martirio,

entre morir o perderla,

morir esperando elijo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Morirás.

VIVALDO. Si ella lo quiere,

bendeciré mi destino.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Indújome la piedad

a darte prudente aviso;

ya la obligación me ordena

emplear medios distintos.

Saldrás al romper el día

para siempre del castillo.

VIVALDO. ¡Qué decís!

D. ª JUANA DE MENDOZA. De hoy más, Vivaldo,

en mí no has de hallar abrigo,

que fuera mi tolerancia

cómplice de tu delito.

VIVALDO. Aún de mi pecho el arcano

está en mi pecho escondido,

y nadie ha de imaginar...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Basta si yo lo imagino.

En mal hora tus palabras

llegaron a mis oídos;

en mal hora, que no puedo

excusar ya tu castigo.

VIVALDO. Ved que es rigor alejarme

para siempre de estos sitios.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Rigor necesario.

VIVALDO. Injusto.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Quizá leve.

VIVALDO. Yo os suplico

D. ª JUANA DE MENDOZA. Te irás.

VIVALDO. ¡Irme!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sí.

VIVALDO. ¡Clemencia!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Mañana...

VIVALDO. Pierdo el sentido.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Cuando amanezca.

VIVALDO. Tened

compasión de mi delirio.

Ella me rechaza. Nunca

he de vencer su desvío.

Ya no pretendo, no espero.

Tan sólo verla codicio.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Basta. Sal de mi presencia.

VIVALDO.¡No! (Arrodillándose.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Vete.

VIVALDO. ¡Piedad!

Escena VI

DICHOS y DON ALFONSO. Este entra por la puerta del foro, cerca de la

cual se detiene.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (¡Qué miro!

¡A sus pies!)

VIVALDO.(¡El Almirante!)

D. ª JUANA DE MENDOZA. (¡Cielos!) Quieto.

(Deteniendo imperiosamente a VIVALDO, que trata de levantarse.)

VIVALDO. (No adivino...)

D.ª JUANA DE MENDOZA.¿Qué mal hay en que mi esposo

te vea a mis pies rendido?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(¿Se burla?)

(Yendo hacia DOÑA JUANA, dominado de violento furor.)

D. ª JUANA DE MENDOZA Pero ¿tú aquí?

¿A estas horas?... ¿Qué motivo...?

(Con naturalidad y calma, que turban a DON ALFONSO.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Luego lo sabrás.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Levanta...

Que ruegas en balde he dicho. (A VIVALDO.)

A cumplir tu voluntad (A DON ALFONSO.)

se resiste, y le despido.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Pronto llegará la hueste:

manda que alcen el rastrillo.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Le alzarán sin mi licencia.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Lo contrario se previno.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Nunca respeta el vasallo

la ley que el señor deshizo.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Ya tardas en complacerme.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Si ha de ser con mi permiso,

Vivaldo lleve la orden.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Que la des tú propia, exijo.

D.ª JUANA DE MENDOZA. No es decoroso.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Obedece.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Obedezco a mi marido.

Escena VII

DON ALFONSO y VIVALDO.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(¡Cierta es mi deshonra; sí!

¡Siervo aleve! ¡Esposa infiel!)

VIVALDO.(¡También tiene celos él!

Sufra lo que yo sufrí.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(No hay dudar: de verlo acabo.)

VIVALDO.(Salgamos: mi saña ardiente

domar no puedo.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Detente.

VIVALDO. Perdonad...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Detente, esclavo.

VIVALDO.¡Oh!... Me afrentáis sin razón.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ .A mí me ofende tu lengua;

y no te escarmiento...

VIVALDO. (¡Oh mengua!)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Porque me das compasión.

VIVALDO.¡Compasión! (Adelantándose.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Qué atrevimiento?

VIVALDO. No de compasivo, alarde

hagáis.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Vil, traidor, cobarde.

VIVALDO. Apurad mi sufrimiento.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. De eso trato.

VIVALDO. Pues a fe

que si se me apura más

y olvido quien sois...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Qué harás?

VIVALDO. Dios lo sabe, y yo lo sé.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Dilo.

VIVALDO. Mi valor probaros.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Cuándo?

VIVALDO. Al punto.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Dónde?

VIVALDO. Aquí.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Provocarme osaras?

VIVALDO. Sí.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Y pelear?

VIVALDO. Y mataros.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Pues ya aquí, tenlo entendido,

no hay vasallo ni hay señor.

VIVALDO. Pues vos el vil, el traidor,

el cobarde, el mal nacido.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Haz de tu impudencia gala,

que así acrecientas mi furia.

VIVALDO. Nada reparo: la injuria

con quien me ofende me iguala.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Conmigo vas a reñir,

que de ti vengarme quiero.

VIVALDO. Ved ya desnudo mi acero. (Sacando la espada.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. A matar, pues. (Desnudando la suya.)

VIVALDO. O a morir. (Riñen.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sí; que en matar, ¡vive Dios!,

o en morir mi dicha fundo.

VIVALDO. Bien decís; que ya en el mundo

no hay lugar para los dos.

Escena VIII

DICHOS, DOÑA JUANA y criados con hachas.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¡Cielos! ¡Tened!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. En logrando

mi venganza con su muerte.

VIVALDO.¡Aún aliento!

D.ª JUANA DE MENDOZA. Espera. Advierte.

(Ora a DON ALFONSO, ora a VIVALDO.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Nunca.

VIVALDO. Jamás.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Yo lo mando.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Aparta.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Pues no os contengo

en tan injusta porfía,

yo entre los dos... (Poniéndose entre ambos.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Qué osadía!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Aún lo dudo.

VIVALDO. ¡Y no me vengo!

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Será verdad que te hallo (A VIVALDO.)

en lucha con tu señor?

¿Que tú infamas tu valor (A DON ALFONSO.)

riñendo con un vasallo?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Y tú me reprendes?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sí.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Tú, con torpe confianza,

te opones a mi venganza?

¿Tiemblas por él o por mí?

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Qué dices?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ La indignación

más me enfurece. Abre paso,

o con un golpe traspaso

el tuyo y su corazón.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Cielos!... Mas ¿cómo olvidar

puede mi esposo quién soy,

quién es él?... ¿Soñando estoy?

No... ¿Qué debo recelar?

Tu regreso, tus enojos,

cuyo origen busco en vano,

este abrasar de tu mano,

ese brillar de tus ojos,

todo es señal evidente

de tu ciego desvarío.

Sí; no hay duda: el sol de estío

hizo delirar tu mente.

(Vuelve en ti: observa un instante

quién te escucha, quién te mira...)

(En voz baja, señalando a los criado.)

¡Oh! Sí; delira, delira... (A los criados.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (¿Qué dice?... Es cierto: ¡delante

de todos!...)

D.ª JUANA DE MENDOZA. Habla...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Tal vez!

(Ocultar debo mi agravio.)

¡Tal vez!... Acertó tu labio...

Pero con necia altivez

(Enfureciéndose de nuevo.)

me ha ofendido, y no revoco

de Vivaldo la sentencia.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Obra, pues, mas con prudencia.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¡Prudencia pides a un loco!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Tente.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Muera quien me agravia.

(En ademán de herir a VIVALDO.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Dame tu espada. (A VIVALDO.)

VIVALDO. Señora... (Como resistiéndose.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Dámela. (Se la arrebata y la arroja lejos de

sí.)

Mátale ahora. (A DON ALFONSO.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Vive Cristo!

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Hiere!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Oh rabia!

FIN DEL TERCER ACTO

****

Acto cuarto

La misma decoración del anterior.

Escena I

MARINA y BELTRÁN.

MARINA. Reparad...

BELTRÁN. Nada reparo.

MARINA. Desistid: ved...

BELTRÁN. Nada veo.

Me cansan las dilaciones

y abomino los enredos;

sé que vale más un toma

que dos te daré; me precio

de sagaz; lengua expedita

no me falta; y como el cielo

no desampara al osado,

no hay tus al perro viejo,

voy a mi negocio siempre

por el camino derecho.

MARINA. ¡Sendas por mi mal perdidas!

Esto no tiene remedio.

BELTRÁN. ¡Bueno es estarse llorando

y dejar correr el tiempo,

y que el demonio se lleve

el pactado casamiento!

No hay pez tan escurridizo

como un novio, te lo advierto;

y es un notorio milagro

verle preso en el anzuelo.

Pero tú tiemblas...

MARINA. (Me asalta

un horrible pensamiento,

que me aterra y enloquece.

¡Ella de virtud modelo!...

¡Oh, no; imposible!)

BELTRÁN. ¿En qué piensas?

MARINA. En nada.

BELTRÁN. Pues acabemos.

¿Amas a Vivaldo?

MARINA. ¡Así

pagara mi tierno afecto!

BELTRÁN.¿Fueras su mujer gustosa?

MARINA. Mi gloria cifrara en ello.

BELTRÁN. Entonces...

MARINA. No hay esperanza.

BELTRÁN. ¿Quién lo impide?

MARINA. Mi hado adverso.

BELTRÁN. ¿Y he de estar bracicruzado?

¿Y he de callar?

MARINA. Os lo ruego.

BELTRÁN. Todas son unas. ¡Mujeres!

¿Quién jamás pudo entenderos?

Todo lo hacéis y decís

siempre al revés. ¡Cuán discreto

anduvo nuestro vecino

Ginés el alcabalero!

Cruzaba una vez el río

que dista de aquí una legua,

con su mujer y su yegua,

ambas de genio bravío;

y cátate que el demonio

una de las suyas fragua,

y tumba en medio del agua

animal y matrimonio.

Asirse logra el paciente

a unos mimbres de la orilla;

pero su pobre costilla

presa fue de la corriente.

Muy convencido Ginés,

sin contrarios pareceres,

de que siempre las mujeres

todo lo hacen al revés;

a la suya, en ansia viva,

al salir de aquel trabajo,

no buscaba río abajo,

sino por el agua arriba.

A más ver.

MARINA. Tened.

BELTRÁN. ¡Ya basta!

MARINA. ¿Nada os dicen los misterios

de esta noche?

BELTRÁN. ¿Qué me importan?

(Por descifrarlos reviento.)

MARINA. ¿Nada la vuelta del amo,

ni el crujir de los aceros,

la reserva de los mozos?...

BELTRÁN. Sí; me dice todo esto

que grande señal de calma

son relámpagos y truenos.

El ama: a pedir de boca.

Verás si luzco mi ingenio.

Escena II

DICHOS y DOÑA JUANA.

BELTRÁN. Señora...

D. ª JUANA DE MENDOZA. Manda que ensillen un caballo.

BELTRÁN. ¿Ahora?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Al momento.

BELTRÁN. Será cosa muy urgente.

¿Algún aviso?... ¿Algún pliego?...

D.ª JUANA DE MENDOZA. Ya tardas.

BELTRÁN. Señora..., yo...

(Vamos, hoy corre mal viento.) (Vase.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sola déjame. A Vivaldo aguardo aquí.

MARINA. (¡Dios eterno!) (Vase.)

Escena III

DOÑA JUANA y VIVALDO.

VIVALDO. ¿Me habéis mandado llamar?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sí.

VIVALDO. Yo anhelaba también

esta ocasión para hablaros.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sabe que si te llamé,

te cumple tan sólo ahora

oírme y obedecer.

Faltaste a mi esposo anoche;

y evitar es mi interés

el enojo que tendrá

si en el castillo te ve.

Un caballo, de orden mía,

se encuentra dispuesto; en él

para siempre de estos sitios

te alejas.

VIVALDO. ¿Qué pretendéis?

D. ª JUANA DE MENDOZA. De estar en mi servidumbre

has cesado desde ayer.

VIVALDO. Señora, inventad castigos;

cualquiera menos cruel

será para mí.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Te impongo

el que oportuno juzgué.

VIVALDO. Pero advertid...

D.ª JUANA DE MENDOZA. No hay remedio.

VIVALDO.¡Yo partir!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Luego ha de ser.

VIVALDO. ¿Para siempre?

D.ª JUANA DE MENDOZA. Para siempre.

VIVALDO. ¡Salir de mi patria! ¡Ved

que en ella está mi contento,

mi vida, mi único bien!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sabes que soy inflexible.

VIVALDO. Señora, no me mandéis

lo que no puedo cumplir.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Que me obedezcas es ley.

VIVALDO.¡Extraña impiedad!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Precisa.

VIVALDO. Destrozáis un pecho fiel,

que es vuestro...

D. ª JUANA DE MENDOZA. No quiero oírte.

VIVALDO. Ya es fuerza que me escuchéis;

harto he callado.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Silencio!

VIVALDO. No más, no más timidez.

Para vencerme no tengo

la fuerza que vos tenéis

D. ª JUANA DE MENDOZA. No te comprendo: obedece.

VIVALDO. No me queréis comprender.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Al punto: sal de mi casa.

VIVALDO.¡Bien adivino por qué

me imponéis silencio.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Al punto.

VIVALDO.¡Destino implacable!

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ten

presente que mayor pena

que el destierro puede haber;

y para nada procures

volver a verme otra vez,

porque no has de conseguirlo.

VIVALDO.¡Señora!

D. ª JUANA DE MENDOZA.¡Obedece, pues!

(Entra en su aposento.)

Escena IV

VIVALDO solo. Después, BELTRÁN.

VIVALDO. Me aleja porque me teme.

me impide hablar, con desdén,

porque una palabra mía

derrocara su altivez.

Sí; corresponde a mi amor.

No se engaña el pecho aquel

que a hermoso dueño consagra,

invencible, eterna fe.

¿Si no me quisiese ella,

pudiérala yo querer?

¿Y me arrojáis del palacio

para siempre? ¿Y no obtendré

el consuelo, o la venganza

de decir a vuestros pies

que os adoro? No; ¡mil veces,

mil veces os lo diré!

Finge que mi amor ignora,

porque su defensa es

únicamente ignorarlo.

Pero ella al fin es mujer,

y en que yo se lo declare

tal vez cifradas estén

mis esperanzas... Mas, ¿cómo,

cómo a su lado podré

llegar? Si al fin lo consigo,

poniendo en riesgo a la vez

mi vida y su fama, ¿acaso

más tenaz no la hallaré?

¿No me turbarán de nuevo

su aparente impavidez,

su mirar fascinador,

su acento?... ¡Suerte cruel!

Mas fuerza es ya que lo sepa.

Por todo atropellaré,

y lo sabrá. ¿Qué me importa

lo que pueda suceder?

Si labro mi ruina, al menos

la habré merecido.

BELTRÁN. ¡Eh!...

(Apareciendo por la puerta del foro.)

(¿Estará sordo?)

VIVALDO. (¡Es preciso!)

BELTRÁN.¿No sabes tú para quién (Acercándose.)

es el caballo que el ama

mandó ensillar?

VIVALDO. No lo sé. (Vase.)

Escena V

BELTRÁN.

¡Huye bendito de Dios!

Ya es la casa otra Babel;

y al fin entre tantos locos

dará mi juicio al través.

Vaya, aquí hay gato encerrado,

y más grande que un lebrel.

Por más que discurro, nada...

No cojo gato, ni pez.

Ya le cogí. Se dispone

un alazán cordobés;

se llama a Vivaldo luego;

se le dice... no sé qué;

vuelvo a este sitio y le hallo

estampa de Lucifer.

Vivaldo será el jinete

como dos y una son tres.

¿Dónde irá? ¿Por qué disgusta

la comisión al doncel?

Escena VI

BELTRÁN y DON ALFONSO.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (¡Qué mujer! ¿Y aún dudo? Anoche

me contuve... hoy con usura

vengarme sabré... Castigo

secreto a secreta injuria.)

BELTRÁN. ¡Aquí el amo!... Perdonad.

(Reparando en DON ALFONSO.)

una indiscreta pregunta.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Eh! ¡Vete!

BELTRÁ (Pues él también...

de muy lindo humor madruga.)

Sabéis que soy una malva,

que mi gratitud es única.

Anoche, sin más ni más,

por vos rompí la clausura,

y os abrí el castillo, a riesgo...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Ya de mi paciencia abusas.

BELTRÁN. Como os habéis empeñado

en darme favor y ayuda,

y como Vivaldo...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Acaba.

BELTRÁN. Se va a marchar.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Qué pronuncias?

BELTRÁN. Ya estará a punto el caballo.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¡Un caballo!

BELTRÁN. (¡Le disgusta!)

La señora lo ha dispuesto.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (Por salvarle de mi furia.

¡Oh! No será.)

BELTRÁN. ¡Pues!... Y como

quedamos, cosa muy justa,

en casarle con la otra...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. No; no se irá...

BELTRÁN. ¡Qué ventura!

Ya imaginaba que vos

no consentiríais nunca

en que se marchase, cuando...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Eh, qué dices, qué murmuras?

BELTRÁN. Nada. Como va a casarse...,

y como no tiene mucha

gana de viajar..., y como

le queréis con gran ternura...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sí, cierto... Pero sosiega,

que no ha de partir.

BELTRÁN. ¡Oh suma

bondad! ¡Qué gran corazón!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Corre, y prevén que a ninguna

persona se le permita

salir del castillo. Escucha...

Iré yo mismo. Aquí aguarda.

(Vase por el foro.)

BELTRÁN. Bien.

Escena VII

BELTRÁN y VIVALDO; después, MELENDO; a poco, MARINA.

VIVALDO. (Probemos por vez última,

y como no...)

BELTRÁN. ¿Adónde bueno?

VIVALDO. A entregar esta minuta

y cuentas a la señora.

BELTRÁN. ¿Van las del monte?

VIVALDO. Sí.

BELTRÁN. ¿Turbias?

VIVALDO. Falta sólo que se aprueben.

BELTRÁN. ¿Y es cosa urgente?

VIVALDO. Sin duda.

BELTRÁN.(Bueno es que al ama entretenga

hasta que el otro concluya.)

VIVALDO. Valor. Entremos.

MELENDO. No puedes entrar.

(Desde la puerta del aposento de DOÑA JUANA.)

VIVALDO. ¿Quién lo dificulta?

MELENDO. Del ama expreso mandato.

Perdona. (Con expresión de sentimiento.)

VIVALDO. ¡Oh Dios!

BELTRÁN. ¿Qué te apura?

Lo mismo es hoy que mañana.

VIVALDO. ¡Qué bien lo supuse!

BELTRÁN. (¡Juzga

que va a partir!)

VIVALDO. ¡El infierno

en mi daño se conjura!

BELTRÁN. ¿Tengo yo franca la puerta?

(A MELENDO, que hace un movimiento afirmativo.)

Pues, entonces, aleluya.

(Arrebata a VIVALDO la cartera y se dirige presuroso hacia la

habitación de DOÑA JUANA.)

VIVALDO. ¿Qué haces? Detente.

BELTRÁN. Supónlas

ya en sus manos.

VIVALDO.¡Importuna

diligencia!

BELTRÁN. Soy tu amigo.

(Entra en el aposento de DOÑA JUANA, MELENDO tras él.)

VIVALDO. Tente, aguarda... ¡Es gran locura!...

No importa.

MARINA. (¡El aquí!)

VIVALDO. (¡Marina!

¡Cuál su presencia me turba!

No quiero hablarle...; no quiero

explicaciones ni excusas...

¡Oh, la ansiedad me devora!

Que mi destino se cumpla.)

(Vase por la puerta de la derecha.)

MARINA. ¡Se va!... ¡Me evita el martirio

de disimular mi angustia!

Escena VIII

MARINA y BELTRÁN.

BELTRÁN.¡No se puede sufrir esto!

(Saliendo enfurecido de la habitación de DOÑA JUANA, con la cartera

del despacho en la mano.)

MARINA. ¿Qué tenéis?

BELTRÁN. ¿Qué he de tener?

Que desde el amanecer

todos me ponen mal gesto.

-Señora... -¿Qué me presentas?

(Como reproduciendo la conversación que se supone ha tenido con

DOÑA, JUANA.)

-Cuentas de Vivaldo son:

falta vuestra aprobación...

-Vete; no estoy para cuentas.

-Creo que vienen muy claras...

-Vete. -Y al momento... -Vete.

-Pero... - ¡Pronto! -¿Quién me mete

en camisa de once varas?

MARINA. Cargado está el horizonte.

BELTRÁN. Y de nubes turbulentas.

No más cuentos, ni más cuentas...

¡Y aquí vienen las del monte! (Con interés.)

Hermoso bosque se ardió

(Abre la cartera y ojea los papeles, como distraído.)

y a nadie fue de provecho.

Pero, en fin, a lo hecho pecho.

¡Hola, por aquí ando yo!

Mi cuenta. No será raro

que el secretario, mohino

porque va a ser mi sobrino,

me haya puesto algún reparo.

MARINA. No penséis mal.

BELTRÁN. Si le ofendo

sin razón, él por su parte

me ofende a mí al desairarte.

¡Jesucristo! ¡Qué estoy viendo!

(Leyendo uno de los papeles que habrá en la cartera.)

MARINA. ¿Qué sucede?

BELTRÁN. ¡Sí; no hay más!

(Hablando consigo mismo.)

MARINA. ¡Oh! ¿Qué dice ese papel?

BELTRÁN. ¡Y ella!... Sí.

MARINA. ¿Qué dice?

BELTRÁN. ¡Y él!...

Piensa mal y acertarás.

MARINA. Hablad: mi zozobra acabe.

BELTRÁN. Burlado quedo, ¡oh baldón!

¡He sido como ratón

que un solo agujero sabe!

MARINA. Hablad.

BELTRÁN. Me engañó. ¡Te humilla!

MARINA. ¿Quién? ¿Qué debo recelar?

BELTRÁN. ¡Después de tanto nadar,

no hay como ahogarse en la orilla!

MARINA. Dejad que esa carta lea.

BELTRÁN. En ella verás tu ruina. (Dándosela.)

MARINA Cielo santo! (Leyéndola.)

BELTRÁN. No es harina

todo aquello que blanquea.

MARINA. ¡Callad! Mi pecho destroza

este secreto, y me asusta.

BELTRÁN. ¡Miren la grave, la adusta

doña Juana de Mendoza!

También ella el germen siembra

del oprobio, ingrata y ruin.

Una ricahembra, al fin,

si es rica también es hembra.

MARINA. ¡Tal maldad su pecho esconde!

BELTRÁN. Voy a decirle...

MARINA. Aguardad.

BELTRÁN. Al son que canta el abad,

el sacristán le responde.

Ya con sus miradas hoscas

no me turbará la infiel;

y no hay sino hazte de miel,

y no te verás de moscas.

MARINA.¡Por Dios!...

BELTRÁN. Sí, tu ruego acato,

y espero ocasión mejor,

que nunca es buen cazador

siendo maullador el gato.

MARINA.¡Faltarme así doña Juana!

BELTRÁN. El escudero de Aroche,

de lo que dice de noche

no se acuerda a la mañana.

MARINA. Y tú, Vivaldo, ¿por qué

mi afecto pagas tan mal?

¿Cuál fue mi delito, cuál

si el quererte no lo fue?

Mas ya te aborrezco, sí;

ya os detesto, almas traidoras.

BELTRÁN. ¿Que le aborreces, y lloras

y me haces llorar a mí?

En mi pecho tu dolor

eco fiel siempre hallará,

que el más alegre quizá

es el que siente mejor.

Dispónte luego a partir;

nada contigo me aterra:

donde una puerta se cierra,

ciento se suelen abrir.

Y espere que digno esposo

al cabo a sus pies se rinda,

quien tiene cara tan linda

y corazón tan hermoso.

Yo el sustento de los dos

ganaré, y al fin completa

será tu dicha, que aprieta

mas no ahoga nunca Dios.

MARINA. Sí; mi planta no vacila.

BELTRÁN. Salgamos de esta morada

con la frente levantada

y la conciencia tranquila.

MARINA.¡Oh cuán dura humillación

suerte fatal me depara!

BELTRÁN. Más vale vergüenza en cara

que mancilla en corazón.

Escena IX

DICHOS y DON ALFONSO-

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(¿Qué es esto? ¿Los dos llorando

(Deteniéndose en la puerta del foro.)

y demudado el semblante?)

BELTRÁN. (¡El amo!)

MARINA. (Dadme al instante

la carta.)

(BELTRÁN se la da y ella trata de ocultarla entre las manos.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (¿Qué estoy mirando?

¡Marina un pliego ocultó!...)

MARINA. (Que no sospeche.)

(Procurando tranquilizarse.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(¡Cautela

singular!... ¿De mí recela?

¡Imposible! ¿Y por qué no?

¿Será?...) ¿Qué nueva importuna (Adelantándose.)

contiene el pliego que guardas?

Librodot

MARINA. (Le ha visto.) Señor...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Ya tardas

en responderme.

MARINA. Ninguna...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Dámelo.

MARINA. Pero...

BELTRÁN.(El asunto

va mal.)

MARINA. Perdonad..., yo os ruego...

BELTRÁN. Es una cuenta...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Ese pliego.

(Imperiosamente.)

MARINA.¡Dios mío!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Dámele: al punto.

(Toma el pliego de manos de MARINA sin que ella oponga resistencia.

A una señal imperativa de DON ALFONSO, sale con BELTRÁN por la

puerta del foro.)

Escena X

DON ALFONSO. Después, MELENDO.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sí: la prueba apetecida

me otorga propicio el hado...

Y por no haberla encontrado

diera contento la vida.

¿Por qué abrasa este papel?

¿Qué puedo en él encontrar,

que antes quisiera cegar

que fijar la vista en él? (Leyendo.)

«Os amo, y pagáis mí amor:

ya es imposible ocultarlo,

ni extinguirlo con la ausencia,

ni remediar sus estragos.

Vedlo bien: con el destierro

no ponéis mi vida a salvo,

y más amargáis la vuestra.

Antes la muerte.-Vivaldo.»

¡Oh, sí: se amaban los dos!

Cierto, cierto es lo que miro.

No, no sueño; no deliro,

no me engaño... ¡Ira de Dios!

¡Ardiendo en culpable llama

desdeñó mi pura fe!

¡y yo que, necio, fie

en la opinión de una dama!

He aquí la que no tenía

en la voz del mundo precio.

Siempre aplaude el mundo necio

la astucia y la hipocresía.

Muera quien manchó mi honor;

ni es satisfacción bastante

el dolor de un solo instante

para un eterno dolor.

¿Y con el suyo ha de ser

envilecido mi nombre?...

¡Maldita ley que hace al hombre

juguete de la mujer!

¡Oh! ¿Qué?...

(Viendo a MELENDO, que entra por la puerta del foro.)

MELENDO. La gente marcial

ya para marchar se apresta.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Luego que se halle dispuesta,

hagan las trompas señal. (Vase MELENDO.)

Escena XI

DOÑA JUANA y DON ALFONSO. Después, MELENDO.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(Ella viene. ¡Dios me valga!)

D. ª JUANA DE MENDOZA.¿Por qué, cuando yo despido

a Vivaldo, has prohibido

que de estos lugares salga?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Por qué? Convencerte espero

de que fue cuerda medida

no consentir su partida

sin que esto vieses primero.

D. ª JUANA DE MENDOZA.¿Este pliego?...

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.(Dándosele.) Es para ti.

(DOÑA JUANA fija en él la vista.)

Ve si es prudente que parta.

D. ª JUANA DE MENDOZA.¡Oh!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Qué dices?

D. ª JUANA DE MENDOZA. Que esta carta

no puede ser para mí.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Mal la turbación escondes

que miro en tu faz pintada;

eres de Vivaldo amada,

y tú a su amor correspondes.

D. ª JUANA DE MENDOZA.¡Oh! ¿Qué escucho?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Tu traición

ya es patente.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sella el labio,

que no merezco el agravio,

que me ofendes sin razón.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Mientes.

D. ª JUANA DE MENDOZA. El furor modera.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Ya vio este pliego Beltrán.

Muchos por él lo sabrán;

lo sabrá Castilla entera.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ni habrá quien lo dude, no;
que el mundo, de envidia lleno,
siempre dudó de lo bueno,
siempre lo malo creyó.
Sí; lo sé. ¿Qué no atropella
de vil calumnia el rigor?
Cuanto es la gloria mayor,
tanto más se ceba en ella;
y donde el monstruo infernal
clava la garra homicida,
aun cuando sane la herida
queda siempre la señal.
¿Y habré de apurar las heces
de oprobio tanto? ¿Y osó
Vivaldo?... ¿Yo infame? ¿Yo
sin honra? ¡Jesús mil veces!
(Cubriéndose el rostro con las manos.)
D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Harto tiempo fue ignorada
la traición de un pecho ingrato.
D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿Con que, en su ciego arrebato,
nada le contuvo, nada?
Tal castigo merecí
por mi templanza excesiva.

Yo debí ser más altiva,

más severa... Yo debí

con ánimo resoluto

descubrir su torpe dolo.

¡Maldita piedad, que sólo

das la ingratitud por fruto!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Y en ver tu sangre vertida

va a gozarse mi furor. (Desnudando una daga.)

D.ª JUANA DE MENDOZA. Hiéreme, sí. Con mi honor

debe acabarse mi vida. (Mirándole cara a cara.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Prepárate a recibir

tu castigo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Desdichado,

para el que muere culpado

sólo es castigo morir.

(Con imponente dignidad.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Cielos! ¿Cuándo el crimen fue

(Desconcertado por el aspecto de DOÑA JUANA.)

tan audaz? ¿Quién nunca pudo

fingir así? Tiemblo... Dudo.

¡Oh, discúlpate!

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¿De qué?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Si horrible engaño me ciega,

deshazlo ya sin demora.

Quien te amó, quien aún te adora,

te lo manda, te lo ruega.

D.ª JUANA DE MENDOZA. ¿Yo con torpe liviandad

manchar, por viles amores,

el honor de mis mayores

y mi propia dignidad?

Aún está mi pecho en calma;

aún recuerdo sin rubor,

que cuanto el nombre es mejor

debe ser mejor el alma.

Aún firme en su noble empeño,

no ha olvidado el alma mía

que es la mayor villanía

nacer grande y ser pequeño.

Yo la deuda que contraje

con mis mayores cumplí;

yo al suyo mi ejemplo uní

para fundar un linaje

que, domando injusto encono,

más que el sol brillante y puro

soñé ver en lo futuro

alzarse hasta el mismo trono;

de la enseña de la cruz

esclava hacer la fortuna;

arrojar la media luna

del rico imperio andaluz;

y, siempre corriendo en pos

de grandes hechos, buscar

nuevo mundo a que llevar

el santo nombre de Dios.

Y con más sublime anhelo,

un nuevo mundo sacar

de los abismos del mar

para entregársele al cielo.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Juana! ¡Juana!

D.ª JUANA DE MENDOZA Yo maldigo

al vil que así recompensa

mis bondades.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Tal ofensa.

no quedará sin castigo.

D.ª JUANA DE MENDOZA.¡No, por mi nombre! (Callad

(Hablando consigo misma.)

impulsos del corazón.

Ya es crimen su obstinación;

ya es delito mi piedad.

¡Oh! Si el vicio impune dejo,

la virtud corrompo: sí;

grabadas están aquí

las palabras de aquel viejo.)

¡Hola! ¡Melendo!

(MELENDO aparece por el foro. DOÑA JUANA se le acerca y le habla en

Librodot

voz baja.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. (¡Cuál crece

mi amante fuego por ella!

¡Ay del que sus glorias huella!)

MELENDO. ¡Cómo! ¡Señora! (Aterrado.)

D.ª JUANA DE MENDOZA. Obedece. (Vase

MELENDO.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Qué intentas?

D.ª JUANA DE MENDOZA. De un siervo infiel

castigar el ansia impura;

mas tú ser prudente jura,

y no ensangrentarte en él.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Oh, no! Mi mayor delicia

será vengarme.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Una afrenta

con la venganza se aumenta,

se lava con la justicia.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Pues bien: lo ofrezco. Serás

acatada en cuanto mandes.

D.ª JUANA DE MENDOZA. Dios prueba las almas grandes

para engrandecerlas más. (Vase por el foro.)

Escena XII

DON ALFONSO. A poco, MARINA.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Por qué al hombre que la infama

con tan insolente arrojo,

así libra de mi enojo?

MARINA. Don Alfonso. (Dentro.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿Quién me llama?

MARINA. Don Alfonso. (Dentro.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. La voz es

de Marina.

MARINA. Compasión

(Saliendo por la puerta del foro y arrojándose a los pies de DON

ALFONSO.)

para Vivaldo. Perdón,

o aquí muero a vuestros pies.

Templad el rigor funesto

del fallo que le condena.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Sufra Vivaldo la pena

que le haya su juez impuesto.

MARINA. ¿Luego es ella, es doña Juana,

que no vos, quien ha dictado,

sin lástima de un cuitado,

sentencia tan inhumana?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¿Y tú, a quien él desdeñó,

eres hoy su medianera?

MARINA. ¿Qué importa que él no me quiera

para que le adore yo?

¡Vivaldo! ¡Vivaldo, ven;

deja que te ampare osada

contra la mujer amada,

la que llora tu desdén!

Vos no seréis inflexible,

vos seréis su salvador.

No es posible que el rencor

ciegue tanto. No es posible

que aprobéis en vuestra esposa

resolución tan severa.

Pensadlo bien. ¿No se altera

vuestra sangre generosa?

¡Van a matarle!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¿A matarle?

MARINA ¿Qué, lo ignorabais? Melendo

me lo ha dicho, presumiendo

que yo podría salvarle.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Pero ¿estás segura?...

MARIANA. Así

lo quiere suerte cruel.

¡Van a matarle, y con él

me van a matar a mí!

Ya creo ver que un impío

hiende su cuello o quebranta

su cerviz. ¡Morir con tanta

juventud y tanto brío,

cuando al bárbaro rigor

de estrella nunca vencida,

aún no sabe si hay más vida

que la vida del dolor!

Corred o será ya tarde;

y advertid que no consiente

vuestra fama de valiente

que os venguéis como un cobarde.

¡Harto le castiga Dios!

¿Y a quién no esclaviza, a quién,

mujer tan grande? ¡También

la amasteis al verla vos!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Me agravia: en horribles celos

abrasó mi corazón.

¡Pero matarle a traición

no será, viven los cielos!

Si por ella al recio yugo

del amor su pecho late,

merece que yo le mate;

no que le mate un verdugo.

Ni ya podré sin quebranto

castigar su anhelo impuro,

que al verle en trance tan duro,

ya no le aborrezco tanto.

MARINA. No en vano en vos esperé.

¡Con toda el alma os bendigo!

Venid. Venid.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Ya te sigo.

Escena XIII

DICHOS y VIVALDO, que aparece en la puerta por donde antes entró. Después, BELTRÁN.

MARINA. ¡Cielos!

VIVALDO. ¡Todo lo escuché!

MARINA. Vivaldo, tu error confiesa;

y a quien hoy te patrocina...

VIVALDO. (¡Ay de mí triste!) ¡Marina!

¡Señor!...

MARINA. Habla.

VIVALDO. La sorpresa...

El espanto...

MARINA. Haz que a tu ruego

su justo rigor se doble.

VIVALDO. (¡Ella tan buena, él tan noble,

y yo tan vil y tan ciego!)

Con razón llenó la suerte,

por castigo a mi demencia,

de amargura mi existencia

y de ingnominia mi muerte.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. No hay suficiente castigo

para agravio que es inmenso;

pero matarle indefenso

fuera honrar al enemigo.

Y nadie ha de suponer

que te dejé asesinar,

temeroso de acabar

el duelo empezado ayer.

Antes que a ella me enlazara

tú la amaste, y yo te doy

que me la dispute hoy

hierro a hierro y cara a cara.

Pues, ya que empeñado estás

en tan odiosa porfía,

quiero probarte que es mía,

porque la merezco más.

VIVALDO. No esperéis que este infelice

arme contra vos la diestra;

y harto su valor demuestra

quien se arrepiente y lo dice.

Y tú, noble corazón, (Dirigiéndose a MARINA.)

que desprecié en mi locura,

astro de mi noche oscura,

ángel de mi salvación...

Sí, ya me siento capaz

de amarte, y mi fin maldigo,

porque en deuda estoy contigo.

MARINA. Vive, y estamos en paz.

BELTRÁN. Huye, Vivaldo.

MARINA. ¡Gran Dios!

BELTRÁN. Ya te busca el ballestero

que ha de matarte.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. El acero

desnuda.

VIVALDO. No contra vos. (Corriendo hacia el foro.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Tente. (Corriendo a detenerle.)

BELTRÁN. ¿Qué haces?

MARINA. ¡Ay de mí!

VIVALDO. Espera el verdugo.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. En vano,

que de él te libra mi mano.

(Poniéndose delante de VIVALDO como para escudarle.)

VIVALDO. ¡Cielos, y yo le ofendí! (Cayendo a sus pies.)

Escena XIV

DICHOS y DOÑA JUANA.

D. ª JUANA DE MENDOZA.¡Oh! ¿Qué miro? ¿En compasión

quedó trocada tu furia?

¿Así se venga una injuria?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. ¡Gran venganza es el perdón!

Pues hoy por su culpa brilla

con nuevo esplendor tu frente,

perdona al que se arrepiente

y levanta al que se humilla.

(Levantando a VIVALDO, que le besa la mano.)

MARINA. ¡Oh! Señora, por piedad...

BELTRÁN. ¡Hija es la piedad del cielo!

D. ª JUANA DE MENDOZA.¿Tú lo mandas?

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Yo lo anhelo.

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Cúmplase tu voluntad!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Si mereciste alabanza

por fuerte, prudente y justa,

hoy ciñe tu sien la augusta

corona de la templanza. (Óyense clarines.)

Ven a la guerra. Fulmina (A VIVALDO.)

la espada allí valeroso

y luego vive dichoso

en los brazos de Marina.

VIVALDO. ¡Oh, qué bondad! (Con viva emoción.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Ya el clarín

nos llama rasgando el viento.

VIVALDO. ¡Señor!... ¡Marina!... ¡Un momento!

(Besa la mano a DON ALFONSO y después se dirige a MARINA lleno de

gozo.)

BELTRÁN. ¡Se va sin casarse al fin!

(En un ángulo del proscenio.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Hoy los cielos nos redimen

de oprobiosa esclavitud.

D. ª JUANA DE MENDOZA. Sólo hay dicha en la virtud.

¿A qué buscarla en el crimen?

(Oyese nuevo toque de clarines.)

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Contigo siempre estará

mi pensamiento en la lucha. (Abrazándola.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Volverás, si Dios me escucha.

D. ALFONSO ENRÍQUEZ.¡Mi bien! ¡Mi orgullo!

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Ojalá

que España aumente su gloria

lidiando contra el inglés!

D. ALFONSO ENRÍQUEZ. Y que yo rinda a tus pies

el laurel de la victoria.

(Vase precipitadamente por el foro. BELTRÁN y MARINA le siguen.)

Escena última

DOÑA JUANA y VIVALDO.

VIVALDO.¡Mi perdón! (Arrodillándose.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. Ya te lo di.

VIVALDO.¡Gracias! (Levantándose.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. ¡Perdónate Dios!

VIVALDO. ¡Él esté siempre con vos!

(Dirígese corriendo hacia el foro.)

D. ª JUANA DE MENDOZA. (Si le amé, bien me vencí.)

FIN DEL DRAMA